



Los caminos que nos unen

Cuentos colombianos desde la ciencia y la naturaleza

Laura Marcela Aguirre Martínez, Laia Alba Ceballos, Laura D. Bernal Beltrán, Claudia Carvajal, Jonathan Escobar Oviedo, Juan Manuel Gómez Cotes, Yulieth Mora Garzón, Juan Sebastián Lozano Fandiño, Ángela Posada-Swofford, Andrés Felipe Vargas Coronado, Javier Zamudio



LOS CAMINOS QUE NOS UNEN
CUENTOS COLOMBIANOS
DESDE LA CIENCIA Y LA NATURALEZA

Investigadora principal

Federica Di Palma

Coinvestigadoras

Silvia Restrepo y Juliet Rose

Asesoras literarias

María Mercedes Andrade

Cándida Ferreira

Mercedes Kemp

Asesores científicos

Juan Camilo Chacón

Ángela Parra

Jacobo Arango

Ana María Bossa

Juan Andrés Cardoso

Jaime Erazo

Jaime Góngora

Joe Huddart

Nasmille Larke-Mejía

Fernando Muñoz

John Riascos

James Richardson

Coordinadores del proyecto

Juliet Rose

Natalia Valderrama

Juan Azcárate

Mercedes Kemp

LOS CAMINOS QUE NOS UNEN
CUENTOS COLOMBIANOS
DESDE LA CIENCIA Y LA NATURALEZA

Laura Marcela Aguirre Martínez
Laia Alba Ceballos
Laura D. Bernal Beltrán
Claudia Carvajal
Jonathan Escobar Oviedo
Juan Manuel Gómez Cotes
Yulieth Mora Garzón
Juan Sebastián Lozano Fandiño
Ángela Posada-Swafford
Andrés Felipe Vargas Coronado
Javier Zamudio

Universidad de los Andes
GROW Colombia
Eden Project
Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación

Nombre: Aguirre Martínez, Laura Marcela, autora. | Ceballos, Laia Alba, autora. | Bernal Beltrán, Laura Daniela, autora. | Carvajal, Claudia, autora. | Escobar Oviedo, Jonathan, autor. | Gómez Cotes, Juan Manuel, autor. | Mora Garzón, Yulieth, autora. | Lozano Fandiño, Juan Sebastián, autor. | Posada-Swofford, Ángela, autora. | Vargas Coronado, Andrés Felipe, autor. | Zamudio, Javier, autor.

Título: Los caminos que nos unen : cuentos colombianos desde la ciencia y la naturaleza / Laura Marcela Aguirre Martínez, Laia Alba Ceballos, Laura D. Bernal Beltrán, Claudia Carvajal, Jonathan Escobar Oviedo, Juan Manuel Gómez Cotes, Yulieth Mora Garzón, Juan Sebastián Lozano Fandiño, Ángela Posada-Swofford, Andrés Felipe Vargas Coronado, Javier Zamudio.

Descripción: Bogotá : Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes : Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación ; Reino Unido : GROW Colombia : Eden Project, 2021. | xiv, 96 páginas : ilustraciones ; 14 x 21 cm.

Identificadores: ISBN 9789587982183 (rústica) | 9789587982190 (electrónico) | 9789587982206 (Audiolibro)

Materias: Cuentos colombianos - Siglo XXI | Biodiversidad - Cuentos | Naturaleza - Cuentos

Clasificación: CDD 863.5-dc23

SBUA

Primera edición: enero del 2022

© Laura Marcela Aguirre Martínez, Laia Alba Ceballos, Laura D. Bernal Beltrán, Claudia Carvajal, Jonathan Escobar Oviedo, Juan Manuel Gómez Cotes, Yulieth Mora Garzón, Juan Sebastián Lozano Fandiño, Ángela Posada-Swofford, Andrés Felipe Vargas Coronado, Javier Zamudio

© Universidad de los Andes, Vicerrectoría de Investigación y Creación; GROW Colombia, Eden Project; Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación

Ediciones Uniandes
Carrera 1.ª n.º 18A-12
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: (60-1) 3394949, ext. 2133
<http://ediciones.uniandes.edu.co>
<http://ebooks.uniandes.edu.co>
infeduni@uniandes.edu.co

GROW Colombia
<https://www.growcolombia.org>

Eden Project
Bodelva, Cornualles
PL24 2SG
Reino Unido
<https://www.edenproject.com>

Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación
Avenida Calle 26 n.º 57-83
Torre 8, pisos del 2 al 6
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: (60-1) 6258480, ext. 2081
<https://minciencias.gov.co/>

ISBN: 978-958-798-218-3
ISBN e-book: 978-958-798-219-0
Audiolibro: 978-958-798-220-6
doi: <http://dx.doi.org/1051573/2021.01>

Corrección de estilo: Tatiana Grosch
Diagramación interior: Vicky Mora
Diseño de cubierta: La Central de Diseño
Ilustraciones: Mario Alejandro Balcázar Camacho
Producción de los audiocuentos: MIUT Sound Recording S. A. S.
Creación y composición musical: Andrés Villamil

Impresión:
DGP Editores S. A. S.
Calle 63 Bis n.º 70-49
Teléfono: (60-1) 4307050
Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 28 del 23 de febrero de 1949, Minjusticia. Acreditación institucional de alta calidad, 10 años: Resolución 582 del 9 de enero del 2015, Mineducación.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*Para todos los colombianos
que trabajan incansablemente
para apoyar la biodiversidad del país
por medio de su ciencia y su arte*

CONTENIDO

- xI Presentación
- 1 Ternero y el bosque perdido
Andrés Felipe Vargas Coronado
- 9 Lola y el fin del mundo
Javier Zamudio
- 17 Huellas de anteojos
Juan Sebastián Lozano Fandiño
- 25 Los hijos de *Saccharum*
Jonathan Escobar Oviedo
- 33 Caña niña, caña
Laia Alba Ceballos
- 39 Murmullos subterráneos
Laura D. Bernal Beltrán
- 45 Nativo
Juan Manuel Gómez Cotes
- 53 La Lucila selva: historia de un ave
Laura Marcela Aguirre Martínez

LOS CAMINOS QUE NOS UNEN

- [X] **61** Volver a la raíz
 Claudia Carvajal
- 67** El alma del río
 Ángela Posada-Swafford
- 75** La pregunta correcta
 Yulieth Mora Garzón
- 83** Reseñas biográficas
- 87** Agradecimientos
- 89** Sobre los editores
- 91** Escucha los cuentos de este libro

Presentación

Estamos presenciando el sexto evento masivo de extinción en nuestro planeta a nivel mundial; una aniquilación biológica que tiene consecuencias profundas para la supervivencia humana. Sin importar si eres científico, artista, escritor, facilitador comunitario o político, todos tenemos el poder de revertir la pérdida de la biodiversidad y el colapso del ecosistema en una de las últimas áreas silvestres que quedan en la Tierra. Creemos que Colombia puede convertirse en el modelo para el resto del mundo y demostrar que la conservación de la biodiversidad puede brindar conocimiento científico, prosperidad económica, equidad social y estabilidad política.

La colaboración investigativa GROW Colombia, financiada por el Gobierno del Reino Unido, tiene como objetivo fortalecer la capacidad de investigación y su impacto socioeconómico en Colombia, bajo una visión compartida de caracterizar, preservar y administrar el mayor patrimonio de Colombia: su biodiversidad.

GROW Colombia cuenta con tres programas de investigación principales que cubren la diversidad natural, la diversidad agrícola y la socioeconomía de la biodiversidad. Como investigadora principal del proyecto GROW Colombia, estoy muy orgullosa de la

[XII] fuerza y el alcance de la asociación multidisciplinaria cuyo legado durará más allá de este proyecto.

Federica Di Palma
Investigadora principal, GROW Colombia

El proyecto GROW Colombia se ha desarrollado en colaboración con académicos, el sector privado, el Gobierno y la sociedad civil, para explorar y demostrar cómo podemos encontrar formas de valorar, proteger y utilizar de manera sostenible los extensos recursos naturales de Colombia.

Este trabajo es complejo y requiere habilidades y capacidades específicas. Sin embargo, queríamos encontrar la manera de que nuestro programa compartiera y estimulara la conversación acerca de los temas y problemas que abordamos con audiencias distintas a las habituales.

Hemos buscado formas de despertar el interés en los temas de nuestro trabajo al asociarnos con personas que cuentan con diferentes habilidades y redes. El programa *Escritores Creativos* de GROW Colombia es una de estas iniciativas. Por medio de un concurso encontramos once escritores colombianos, algunos de ellos al inicio de sus carreras, otros con años de experiencia. Los hemos asociado con nuestros científicos investigadores para crear una manera diferente de articular su investigación, una que llegue a nuevas audiencias con nuestro trabajo. El autor de uno de estos excepcionales relatos ha ganado la oportunidad de profundizar en estos temas: Andrés Felipe Vargas Coronado ha sido elegido para participar en una expedición de investigación científica. A lo largo de este proceso hemos visto nuestra investigación y los problemas que le conciernen reflejados de una manera diferente.

Esperamos que los resultados de esta colaboración única [XIII] capturen su imaginación e interés en este extraordinario país y en las personas que trabajan conjuntamente para proteger su futuro.

Juliet Rose
Coinvestigadora, GROW Colombia



Ternero y el bosque perdido

Andrés Felipe Vargas Coronado

La finca del Abuelo es pequeña, así no parezca. Tiene cuatro vacas, un toro y dos terneros en tres hectáreas. Y en el centro de la finca hay un corral, que siempre está lleno de barro, y es donde el Abuelo amarra las vacas al botalón para ordeñarlas. Como dos vacas están recién paridas, aprovechamos para comer calostro; poquito, claro. Mamá y la Abuela me dan con maduro asado y yo me lamo los dedos de lo rico que sabe.

El Abuelo dice que la finca es muy pequeña para tanto animal, que va a tener que vender o las vacas o la tierra. Que por tanto gasto es que ha ido vendiendo a pedazos. Yo le digo que no porque, entonces, de qué vamos a vivir, aunque la verdad eso no me interesa.

Lo mejor de la finca es que uno al despertar amanece en el cielo. A las cuatro y media de la mañana, cuando se va abriendo el día, el mundo parece recién hecho. La neblina lo cubre todo y yo juego a correr, mientras arriamos las vacas junto a Aldo, el perro vaquero, con los brazos abiertos, como si anduviera en las nubes. El mundo por la mañana es todo blanco, igual que la leche que saca el Abuelo, y el sol poco a poco empieza a despejar la neblina, llevándola hacia las montañas de enfrente.



Todas las tardes, después de almorzar, el Abuelo se dedica a [3] cortar caña, recoger ramas caídas y picar rezagos de plátanos. Lo echa todo en tres tinajas azules, lo mezcla con sal y afrecho y saca las vacas para que vayan comiendo. Así todos los días. Yo le pregunto por qué les da más si ellas todo el día comen y comen pasto en la finca. Él dice que no es suficiente. Y yo le creo, porque hay partes de la finca donde el suelo se ve pelado y seco. Debe ser por eso que algunas vacas están tan flacas.

*

Mi Abuelo dijo que me va a dar uno de los terneros pequeños. La única condición es que debo cuidarlo muy bien, porque nació enfermo: tiene los cascos de las patas volteadas hacia atrás. El Abuelo dice que entablillándolo seguro se recupera. Yo lo quiero, y por eso ahora ando con él para arriba y para abajo, aprovechando los últimos días de vacaciones. Todavía mama leche de la mamá. El Abuelo los mete juntos al corral, y como el ternero se para con dificultades, se queda mirando fijamente la ubre llena, que casi se revienta, entonces coge impulso y se lanza. A veces queda de una ahí, jalando con fuerza, otras pasa derecho y toca ayudarlo para que se ponga de pie.

*

Ya entré de nuevo al colegio. Pasé a séptimo grado. Así que solo puedo estar pendiente del ternero por la tarde. No tiene nombre. El Abuelo me prohibió que le pusiera uno. No sé por qué. Pero fue rígido con eso, sobre todo cuando el ternero dejó de mamar y tuvo que comenzar a comer solo. La cuestión fue que no pudo, o no quiso. Ni hierba ni caña. Lo único que le gusta son las ramas de un árbol que da unas cosas que parecen arvejas. Las masca con gusto, feliz de la vida.

[4] A medida que crece, el ternero se pone más flaco, como si lo que come no le alcanzara. Cada día que llego del colegio le veo una nueva costilla debajo del cuero blanco. Los cascos sí se le arreglaron, ya puede pararse bien, pero ahora le hace falta fuerza. Se sostiene a medias y camina en zigzag. El Abuelo le ha comprado medicina, mucha, y nada. El ternero, mi ternero, no progresa.

*

En Ciencias Naturales, con el profesor Nelson, estamos viendo la contaminación en Colombia. El otro día dijo que los problemas son tres: contaminación del agua, contaminación del aire y la ganadería. No explicó muy bien o yo no entendí. Así que en el descanso me acerqué a preguntarle por qué, si mi Abuelo tenía pocos animales, terminaba haciéndole daño al planeta. “Entendiste mal”, me dijo, “yo no he dicho nada de tu Abuelo”.

El profe también me explicó que un día de vida de una vaca significa mucha huella de carbono. “¿Huella de qué?”, le pregunté. “Que produce muchos gases de efecto invernadero”, explicó el profe. No insistí, quizá el profe lo explicó en clase mientras yo, elevado, pensaba en que a esa hora Aldo estaría entrando junto al Abuelo las vacas al corral. Además, añadió que hay zonas del país en las que cortan todos los árboles para meter vacas. También, que las vacas terminan perjudicando las fuentes hídricas, que desaparecen por completo.

Lo que dice el profesor es cierto. Si uno mira la finca de mi Abuelo se da cuenta de que casi no hay árboles, solo unos pocos alrededor de la casa. Y él mismo me contó que antes había nacimientos de los que sacaban el agua para cocinar y lavar la ropa. En los años de Upa, dijo mi Abuelo.

Le conté al profesor de Ternero, de los animales de mi Abuelo, de que ya había tenido que vender una vaca, que se llevaron en

un camión quién sabe para dónde, y que si no mejoraba la cosa [5] así le iba a tocar con todas.

“Hay una solución, pero deberás convencer al Abuelo”, me dijo el profesor Nelson.

*

El otro día, después del colegio, visité con el profesor Nelson la casa de un científico. De dos, más bien. Solo que uno vive lejos y se conecta por internet. Este último envía semillas que recoge por el mundo, de plantas que se supone que ayudan al planeta. Estos experimentos están esparcidos por toda la casa. Desde afuera se alcanza a ver la terraza, donde sobresalen grandes hojas, y por las ventanas se asoman ramajes coloridos. No hablamos mucho, solo me dieron unas semillas diminutas en una bolsa de arroz. El profesor me aconsejó, sobre todo, que le contara al Abuelo sobre las semillas. No le hice caso.

No le dije nada porque el Abuelo es celoso con la tierra. No le gusta arriesgar. Dice que la gente que se pone a sembrar una cosa y otra lo único que hace es dañar la tierra. Que así no funciona. Mejor dicho, si le digo, de pronto no me deja ni siquiera mostrarle las semillas.

Cierto día, al caer la noche, lo vi sentarse sobre el escaño, triste. Cuando se pone así solo se contenta con el café cargado que mi Abuela le lleva en un pocillo esmaltado. A mi Abuela le dijo, y lo recuerdo bien porque los escuché por el ventanal y soñé con eso aquella noche:

—Mija, ya son cuatro meses y el ternero nada que levanta cabeza. La tierra está cada vez más seca y las lluvias no llegan. ¿Qué le decimos si se nos muere?

—Tranquilo —le dijo mi Abuela—, que los tiempos se arreglan.

*

[6] Al Abuelo le pedí un pedacito chiquito en el que pudiera apartar al ternero. Solo para él, para que los demás no lo maltraten por pequeño, por no progresar. El pedazo lo cerqué con alambre y lo sembré todo, completo, con las semillas que me dieron. A las dos semanas no había nacido nada, ni sombra de lo que esperaba. Decidí esperar otras dos semanas, mientras el ternero seguía con tetero e inyecciones que el Abuelo traía cada fin de semana del pueblo.

Al mes exacto, en mi pedazo comenzó a nacer una hierba increíble, más verde, y la tierra, sin saber por qué, se fue poniendo más negra. Tanto así que el ternero por fin se decidió a mascar del suelo y las demás vacas arrancaron el alambre para hacer lo mismo. Tuve que contarle al Abuelo, ahora sí. Y al profesor, que me sonrió y me puso cinco. Y al científico, para que me diera más semillas. Me dijo que ya no íbamos a necesitar toda la finca, que sembráramos la mitad y en el resto de tierra hiciéramos otra cosa, como recuperar el nacimiento de agua.

El Abuelo, a la semana no más, al ver esa hierba fuerte y la manera en que las vacas fueron engordando, volvió a sembrar guadua ahí donde hasta hace poco corría un chorrito pequeño de agua. También árboles de varias clases y nombres largos. Ahora la finca del Abuelo, con tanta cosa bonita, de verdad parece mucho más grande de lo que es.

*

Han pasado tres meses desde que el Abuelo hizo los cambios en la finca. Como las vacas tumbaron el alambre que las separaba, ahora andan de nuevo por todas partes. La diferencia es que ya no hay barrial. Y que el Abuelo, eso dice, ordeña leche como si estuviera soñando. Y que ya no debe, todas las tardes, ponerse a trozar caña con la picadora. Cuando encendía esa máquina no podíamos ni ver televisión porque se llevaba toda la energía de la casa.

Ternero ha crecido, está gordo y le gusta jugar con Aldo, el [7]
 perro de mi Abuelo, al que le falta una pata y sabe dirigir las vacas
 hacia el corral. Además, por la finca suelen pasar manadas de pájaros
 cantando. Son pájaros de colores. La Abuela dice que no pasaban
 por aquí desde que ella estaba en la escuela. Han nacido árboles de
 la nada, pequeños troncos que brotan de la tierra y se van criando
 sin que nadie los haya sembrado. Y por el suelo, sin casi dejarse
 ver, andan insectos que nunca habíamos visto, camuflados en los
 ramajes y en la hierba.

Hace poco vinieron los científicos y el profesor a conocer la
 finca. Qué digo finca, si ahora por aquí todos hablan *del sistema
 silvopastoril*. Dijeron que se va a convertir en un corredor bioló-
 gico muy importante. Que es algo así como un lugar por donde
 pasa la vida.

Con una pala sacaron un trozo de tierra y apuntaron, en coro:
 —Claro, este suelo está acumulando el carbono de la atmósfera.
 —Evitando que se caliente la tierra.

Al final, le preguntaron al Abuelo si quería presentarse a un
 proyecto para que le dieran un apoyo económico. Él me miró y
 yo le dije que sí con la cabeza. Los dos sonreímos.

Aunque yo, debo confesarlo, en lo único que pienso desde hace
 unos días es en que lleguen las vacaciones, para volver a correr a
 las cuatro de la mañana junto a Aldo, abriendo los brazos, soñando
 con sumergirme en las nubes, blancas como la leche que ordeña el
 Abuelo. Como la piel de Ternero, que muge allá a lo lejos, feliz de
 la vida. Y que llueva, porque la Abuela dice que por fin, después
 de tanto tiempo, van a regresar las lluvias. Y yo le creo.

Lola y el fin del mundo

Javier Zamudio

Cuando papá dijo las palabras “mantener vivo el sector pecuario” pensé en sus pies y no pude evitar mirarlos. Tenía juanetes y no usaba zapatos. Las sandalias de cuero habían dejado una carretera blanquecina que contrastaba con lo que había tostado el sol. Siempre hablaba de lo mismo, por eso no me extrañó cuando le respondió eso al funcionario del Gobierno que explicaba que se debía sacrificar a Lola. En casa no se comía carne. Bueno, mentira, solo una vez al mes. Una vez, que era una especie de celebración para mi hermana María y para mí. Claro, lo entendía, ¿quién no? Si me quejaba, mi padre me llevaba al portón de la casa y me señalaba el horizonte. “Allá está”, decía.

Ya no preguntaba qué. Lo había escuchado muchas veces: el mundo se estaba transformando en una gran sartén que hervía a causa del calentamiento global. Papá decía que con los años empeoraría por culpa del consumo de carne de res. “Produce gases de efecto invernadero”, explicaba. Entonces, imaginaba los osos hibernando o un invierno eterno, de esos que nos decían que iban a llegar si seguíamos comiéndonos las vacas.

Esa actitud rígida no era un capricho de papá. Muchas cosas estaban restringidas en el mundo. Los autos, por ejemplo, ya no



transitaban por las calles. Pocos años atrás se habían convertido en adornos que la gente ponía frente a sus casas. De hecho, el nuestro, un viejo Chevrolet, se transformó en una maceta donde crecían rosas, tulipanes, girasoles y tomates cherry. [11]

—No, pero eso no —dijo mi padre al funcionario.

—Lo siento, pero si no lo hacen ustedes, tendremos que hacerlo nosotros.

No supe a quiénes se refería con “nosotros”. El funcionario era un manojo de huesos con los ojos grandes y la piel muy blanca, igual que su cabello. Apenas le llegaba a los hombros a mi padre y no venía acompañado.

—Es una cuestión de seguridad nacional —prosiguió. Mi padre parecía haber dejado de escuchar y apoyó su cuerpo en la ventana, contemplando a Lola que se alimentaba de un cultivo de fríjol—. Desde el 20 de este mes queda totalmente prohibido el consumo de carne.

Papá asintió con la cabeza. Tenía el cabello grisáceo y ojos color miel. Las manos eran muy grandes, más que la cara de ese personaje que deseaba matar a nuestra vaca.

—No vamos a comérnosla. Solo la ordeñamos —replicó papá, en un último intento de hacer cambiar de opinión al funcionario—. Además, no sembramos pasto, ella se alimenta de frijoles. Mírela, FRÍ-JO-LES. Esta dieta ayuda a reducir el metano.

—Son órdenes del Gobierno, señor Martínez. La vaca está contaminando, emitiendo gases.

El hombre salió de casa y mi padre no se inmutó. No giró su cabeza ni se interesó por lo que le había dicho antes de marcharse: “Sacrifique al animal antes del 20 de septiembre. El 21 venimos a comprobar que lo haya hecho”.

—¡No tiene sentido! ¡Una absoluta locura! —dijo mi padre con el cuerpo todavía sobre el marco de la ventana—. ¿Cómo espera que matemos a Lola? ¿Acaso piensan acabar con las vacas del mundo? ¿Harán lo mismo en la India, donde es sagrada?

[12] Mi madre, que llegó en ese momento, contempló desconcertada a papá, como si se tratara de un loco.

Él estuvo inquieto los días que siguieron, antes de la fecha señalada. Salía con Lola a la madrugada, caminaban en círculos por el patio y, otras veces, cruzaban el puente San Rafael, que separaba nuestro municipio, Los Patios, de la ciudad de Cúcuta, o se internaban por una trocha tratando de llegar a Venezuela. Seguía a papá por órdenes de mi madre. Llevaba una maleta con agua, manzanas y pan, que iba consumiendo mientras pasaban las horas.

Papá buscaba un lugar para esconder la vaca antes de que regresara el funcionario, pero ninguno le parecía suficientemente seguro. Algunas veces se acomodaba bajo la sombra de un árbol y la miraba alimentarse con lo que encontraba. Se agarraba la cabeza y parecía jugar con su cabello un rato hasta que el animal se alejaba, entonces se ponía de pie y caminaba detrás de él. En otros momentos hablaba solo: se lamentaba por el mundo, por la contaminación, por el cambio climático y lloraba. Vagaban por la trocha hasta después de mediodía, luego, cansado, decidía volver. Lo seguía de regreso con un nudo en la garganta. Me afectaba verlo así: vencido y “pataleando”.

Una semana antes de la llegada del funcionario, mi padre le anunció a mamá que escondería a Lola en la casa, en el cuarto principal. No había encontrado un lugar donde dejarla sin correr el riesgo de que se perdiese.

—Mejor aquí que en otra parte. Le diremos al funcionario que sacrificamos al animal —explicó.

Mi madre no estaba de acuerdo con la propuesta, pero era mejor que ver a su esposo salir cada mañana halando a la vaca como un desquiciado.

Por esos días, papá no trabajaba. Hacía un año que había renunciado a su puesto en un periódico de circulación nacional, por diferencias con uno de los editores. Él, como quien sale de un partido de fútbol para nunca volver, se quitó la camisa de periodista y

se puso la de granjero. Todo su esfuerzo se dirigió al cultivo de alimentos y cuidado de la vaca. [13]

—¿No crees que los vecinos dirán algo?

—No, mi idea es perfecta. Verán entrar a la vaca, pero no la verán salir —explicó papá.

Mamá continuó con sus labores sin replicar. Mi hermana, que no solía participar de aquellas discusiones, abrió la boca:

—Yo salgo a ayudarte, papá.

Se amarró el cabello con una cinta de tela, dejó las muñecas en el piso y cruzó la sala. Era menuda, con el pelo como una bola de fuego. Mamá se detuvo, con las manos en el aire, y la miró salir de la casa. De repente, escuchamos un lloriqueo que alcanzó mayor intensidad en pocos segundos.

Mi padre, comprendiendo lo que mi hermana estaba tramando, corrió al jardín y llamó a la vaca. Mamá continuó en la cocina, sumida en la vergüenza de la escena que estaba ocurriendo en la calle. María, de repente, gritó:

—No, papá, no, no lo hagas, no.

Esto llamó la atención de los vecinos, que se asomaron a las puertas y ventanas de sus casas. Uno de ellos, don Luis, que vivía frente a la nuestra, preguntó qué pasaba.

—Vamos a sacrificar a Lola —dije y sentí que los ojos se me volvían un charco—. El Gobierno dio la orden.

Don Luis asintió con la cabeza y levantó los hombros, dando a entender que parecía injusto, pero era necesario e inevitable.

—Toca respetar la ley, María —dijo a mi hermana—. Ya sabemos el daño que hacen las vacas.

Papá no se sintió cómodo con las palabras del vecino. Sin embargo, las respaldó recordando el calentamiento global y los gases de efecto invernadero. Habló mientras empujaba al animal dentro de la casa. En pocos minutos, Lola estaba dentro, avanzando sin mucho esfuerzo hacia la habitación principal. Mi hermana se secó las lágrimas y regresó a sus juegos. Mamá terminó sus

[14] quehaceres y se sentó frente a la televisión. Los vecinos creían que sacrificaríamos a nuestra vaca.

Nadie se atrevió a cuestionar la presencia de Lola en la casa. Mi padre la ubicó en un rincón de la habitación principal, le sirvió agua y suficiente comida para la noche. Ella caminaba por un costado de la cama, chocando con frecuencia con un viejo armario de madera y asomando la cabeza por una ventana que daba a la calle. En la noche mugió dos o tres horas. Mamá no se aguantó aquel ruido y se pasó a dormir a mi cama.

En la mañana, mi padre sacó a la vaca del cuarto principal y la acomodó en el nuestro. La idea no le disgustó a mi hermana, que corrió a buscar plantas de fríjol para alimentarla. Yo contemplaba al animal como si estuviera viendo un cuadro de Salvador Dalí, un viejo pintor español que mi padre adoraba. Lola parecía más calmada. Se echó un rato y luego caminó entre nuestras camas, mugiendo. Tuve la impresión de que trataba de decirme algo y comencé a hablarle.

—¿Que no quieres morir? —le pregunté.

—Muuu.

—Nadie quiere. No tienes que hacerlo. Este mundo también fue hecho para las vacas, de lo contrario no se podrían alimentar con fríjoles, que ayudan a reducir las emisiones de metano.

—Muuu.

—¿Me preguntas qué es el metano? Papá dice que es un gas que produce la descomposición de la materia orgánica. En otras palabras —agregué susurrando—, tu trasero es como una planta nuclear.

Busqué un libro de historia y le mostré una imagen de Fukushima. Lola acercó su hocico, que tenía vellos blancos a su alrededor, y lo pegó al papel.

—Muuuuuuu.

—¿Quieres saber si es el fin del mundo?

Levanté los hombros. Me acerqué a la ventana y miré el cielo: [15]
era muy azul, con pocas nubes y un par de pájaros que pronto se perdieron de mi campo visual.

—No te preocupes, el mundo no se va a acabar —dije—. Solo se está transformando.

Los días que siguieron hablé con Lola sobre muchos temas: el sentido de la vida, los colores que perciben las vacas, el calentamiento global, asuntos relacionados con la situación financiera de nuestra casa y, por supuesto, del funcionario.

—Lo vamos a engañar —le dije la noche previa a su llegada. Ella mugió y sentí que me agradecía con su mirada. Tenía los ojos negros, con un brillo en el fondo. Acaricié su cabeza y se echó en el piso.

Muy temprano, antes de que pudiera apreciarse la claridad en el cielo, papá le puso a Lola un bozal. Mamá limpió la habitación más de lo acostumbrado, usando cloro y otros productos para eliminar olores. Entre los dos cubrieron al animal con una vieja colcha. Luego me indicaron que debía cerrar con llave la puerta de la habitación.

Mi padre se sentó en una silla plástica frente a la casa y permaneció alerta a la aparición del funcionario. A media mañana le pregunté si podía quitarle el bozal a Lola para que comiera.

—Si muge, se lo vuelves a poner —me dijo.

La rutina se repitió: cada dos o tres horas le quitaba el bozal y le permitía alimentarse. El funcionario no llegó. No lo hizo ni al día siguiente ni en los meses que vinieron. Pronto cumplimos un año de espera. Mi padre no bajó la guardia: continuó sentándose cada mañana frente a la casa, con los ojos en la esquina de la calle. Lucía más viejo, más tostado por el sol. Cuando algún vecino mencionaba que había escuchado una vaca mugir, él se quedaba en silencio unos segundos y luego respondía que le pasaba lo mismo, que incluso en sueños le parecía escuchar a su antigua vaca y, entonces, recordaba a esos animales poderosos y solitarios que habitaron la tierra, como un día lo hicieron los dinosaurios.

Huellas de anteojos

Juan Sebastián Lozano Fandiño

El animal apareció en la orilla del lago. Juanita se escondió detrás de un viejo encenillo y cubrió su boca para no gritar. Con el corazón retumbando en su pecho, giró lentamente el cuello para ver a la enorme masa de pelo oscuro refrescándose en el lago. Notó que el peludo tenía unas manchas blancas en el rostro, las cuales simulaban unos anteojos alrededor de sus ojos negros. Entonces pensó que ninguna criatura con ese aspecto gracioso podía ser peligrosa. Respiró profundamente y acomodó sus anteojos empañados por el sudor. No le gustaba usarlos y nunca los había llevado a la escuela por temor a las burlas de sus compañeros; pero, en ese instante, mientras se reía en silencio detrás del árbol delgado, sintió que los anteojos no eran algo tan malo.

El animal se alejó lentamente del lago, desplazándose a paso firme por el suelo húmedo del páramo con sus cuatro patas. Al llegar a su madriguera, dos pequeños peludos se asomaron entre las hojas, las ramas y la tierra del refugio rocoso. En ese momento, Juanita, quien había seguido las huellas entre la hojarasca, se sorprendió al ver que aquella criatura imponente era en realidad una madre. Observó a la familia deleitarse con un banquete de puyas y se asustó cuando los pequeños treparon árboles muy altos en busca



de frutos. Justo antes de que el sol se ocultara, regresó al lago para descender por el camino empinado hacia la granja de su abuelo. Sus ojos brillaban intensamente debajo de los anteojos por el vívido recuerdo de aquel encuentro emocionante. [19]

El hogar de Juanita era un caserío de cinco vecinos en el pie de páramo. Allí vivía con su abuelo Jacinto, en la granja más pequeña y productiva del lugar. Sus fértiles cultivos de papa y la alta calidad del ganado eran famosos en los pueblos aledaños. Sin embargo, pese al éxito de su granja, Jacinto estaba preocupado porque no habían nacido terneros en el último año. Gastó gran parte de sus ahorros en tratamientos de fertilidad para hacer que Estela, su vaca preferida, entrara en periodo de gestación, y, luego de varios meses de esfuerzo e inversiones, finalmente cumplió su cometido.

Cuando llegó a su vieja habitación en la cabaña de la granja, Juanita dibujó a la madre del trío carismático que había visto en lo alto del páramo. Al día siguiente, se puso los anteojos, llevó el dibujo a la escuela y se lo enseñó a su profesor, quien sonrió de emoción al verlo.

—¿Sabías que el animal grande y peludo que dibujaste es el oso andino? Aunque vive en nuestro páramo, no suele estar cerca de los humanos. ¡Tuviste mucha suerte de poder verlo! —exclamó el profesor con una mueca de envidia inocente.

Juanita se alegró de saber, al fin, la identidad de las impresionantes criaturas de anteojos que había visto el día anterior, así que le pidió al profesor que le contara más acerca de esa especie. Entonces se sentaron juntos en una mesa de la biblioteca e hicieron una pila con enciclopedias de fauna y cuentos sobre biodiversidad local. Mientras Juanita observaba con atención los dibujos de los libros, el profesor le explicó las particularidades del oso:

—Aunque el que encontraste tenía anteojos, hay individuos de esa especie que tienen el rostro completamente oscuro. Sin embargo, la gente los conoce como osos de anteojos por esas

[20] manchas blancas alrededor de sus ojos, las cuales son únicas en cada individuo.

—Pero, profe, si viven en nuestro páramo, ¿por qué nunca los había visto antes?

—Eso es porque son solitarios y tímidos. Además, les encanta comer frutos de árboles y también bromelias. Algunos ejemplares incluso consumen ocasionalmente carne en descomposición de animales muertos, así que prefieren mantenerse alejados de las granjas y el ganado saludable.

—Qué lástima, me gustaría verlos de nuevo —susurró Juanita en medio de un suspiro.

—Puede que los encuentres comiendo puyas cerca del lago, pero recuerda no acercarte demasiado. Si los asustas es posible que no regresen a ese lugar.

Juanita respondió con un puchero que provocó una carcajada del profesor, seguida del regaño grupal de la sala que exigía silencio. Luego de disculparse, vieron la luz naranja del ocaso que se colaba por la ventana. Juanita se despidió del profesor, pidió en préstamo dos libros sobre el oso andino y regresó a la granja dando saltos de alegría. Sin embargo, los saltos se convirtieron en zancadas presurosas al escuchar los gritos de su abuelo, quien estaba pidiendo ayuda desde el establo. Cuando la niña abrió la puerta para auxiliar a Jacinto, ni siquiera los anteojos empañados pudieron ocultar su sorpresa al ver una escena que parecía irreal: el nacimiento anhelado estaba ocurriendo ante sus ojos.

Jacinto había entrenado bien a su nieta para ese tipo de situaciones, así que ella sabía exactamente qué hacer. Golpeó sus cachetes para recuperar la compostura y comenzó a asistir el parto. Recolectó agua limpia del lago, esterilizó parte del establo y ayudó a halar las patas del ternero, hidratando constantemente la zona de salida. No obstante, pese a los cuidados y precauciones, el parto se alargó más de la cuenta. Jacinto estuvo a punto de rendirse varias veces, pero su nieta insistió en que podían lograrlo. Después de

varias horas de arduo trabajo en equipo, el resultado fue un milagro de la naturaleza: una ternera saludable y carismática que yacía al lado de Estela, su madre. Cortaron el cordón umbilical, trataron la herida del ombligo y bautizaron a la recién nacida Esperanza. A la mañana siguiente, el orgulloso campesino convocó a todos los vecinos del caserío para comunicarles la noticia. [21]

Juanita devoró los libros de la biblioteca en pocos días. Su curiosidad aumentaba a medida que aprendía cosas nuevas sobre los páramos. Entendió que el oso andino era un excelente jardinero porque dispersaba las semillas de los frutos y esparcía el polen atrapado en su pelo. Por lo tanto, protegerlo significaba proteger los bosques del páramo, el agua del lago y todo aquello que consideraba su hogar. Para ella, los osos eran guardianes del equilibrio natural, y aunque en sus doce años de vida nunca había estado tan interesada en un animal, quedó cautivada por la belleza de esos majestuosos mamíferos. Mientras leía sintió que estaba descubriendo un nuevo mundo, el cual no quería parar de estudiar.

Cuando los demás campesinos se enteraron del nacimiento de Esperanza, le recomendaron a Jacinto viajar a la ciudad para conseguir concentrado de la mejor calidad. Fueron cinco días en los que él y su nieta cambiaron la tranquilidad del páramo por la acelerada vida citadina, así que sintieron un gran alivio al volver a la pequeña granja.

El día del regreso, Jacinto se dirigió al pastizal donde descansaban sus animales. La ausencia de cercas les daba una mayor libertad de movimiento a las vacas y ampliaba el área de alimentación. Él creía que ese era uno de los secretos de la calidad de su ganado, por lo que mantenía dichas condiciones incluso cuando se iba de viaje por varios días. Sin embargo, la confianza en sus métodos se diluyó súbitamente al percatarse de que Esperanza no se encontraba en el pastizal. Preocupado, buscó indicios de algún depredador, pero no encontró nada. Se adentró en el bosque del páramo, esperando que la ternera solo estuviese perdida, mas solo

[22] halló las huellas de cuatro patas junto a los restos de unas puyas, que parecían haber sido consumidas recientemente. Aunque nunca había visto esas huellas antes, eran fácilmente reconocibles: tenían que pertenecer a un oso.

Jacinto comenzó a seguir el rastro sigilosamente. La persecución lo llevó al lago, donde percibió un fuerte olor a carne en descomposición. Cuando alzó la mirada para ver lo que había al otro lado del cuerpo de agua, su mente se quedó en blanco. Un sudor frío y pesado recorrió todo su cuerpo, haciéndolo caer lentamente de rodillas. Frente a él estaba el cadáver de Esperanza, parcialmente devorado y aún con la sangre fresca. Alzó la mirada en busca de respuestas, pero solo pudo distinguir una enorme masa de pelo con el rabillo del ojo. La masa tenía un rostro totalmente oscuro y se perdió rápidamente entre los encenillos. En ese instante, el sudor frío se convirtió en transpiración intensa, provocada por una avalancha de ira que sepultó por completo el raciocinio del campesino.

Jacinto regresó con prisa a la granja y cruzó el pastizal hacia la cabaña. Tomó la vieja escopeta y ascendió ágilmente hasta el lago. Juanita, quien estaba leyendo en su habitación, se dio cuenta de la aparición fugaz de su abuelo y lo siguió hasta el bosque. Mientras caminaba por la hojarasca con paso firme y veloz, Jacinto probó el gatillo e introdujo las balas en el arma. Al llegar al cuerpo de agua volvió a ver una enorme masa de pelo. Esta vez, el animal estaba alimentándose con los restos de su querida ternera.

Se escucharon dos disparos.

Jacinto caminó lentamente hacia el cuerpo inerte de su víctima y sonrió por la satisfacción de haber vengado la muerte de Esperanza; pero, inmediatamente, su sonrisa se convirtió en una expresión de terror. El cadáver del animal peludo tenía un rostro con manchas blancas en forma de anteojos, no era totalmente oscuro como el que había visto escapar entre los encenillos. De repente, dos pequeños oseznos salieron de los arbustos de puya y se acercaron

con timidez. Al comprobar el estado de su madre, comenzaron a gruñir desesperadamente junto al cadáver y le lamieron las heridas. [23]

Jacinto permaneció inmóvil ante la desgarradora escena. Las lágrimas comenzaron a caer de sus ojos cuando escuchó una voz desconsolada detrás suyo:

—¡Abuelo! ¡Esa es...! ¡Es mamá osa! ¿Por qué...? ¡¿Por qué lo hiciste?!

Sin tener respuesta a esas preguntas, abrazó fuertemente a su nieta y aceptó los golpes de rabia en su pecho. Su vista se perdió en la quietud del lago mientras los gruñidos melancólicos resonaban en sus oídos.

El fuerte sonido de los disparos alertó a los vecinos del caserío y la noticia no tardó en propagarse por las cercanías del páramo. Al enterarse de los acontecimientos, el profesor de Juanita llamó a las autoridades ambientales y fue a la pequeña granja para conversar con el abuelo de su alumna:

—Don Jacinto, lo que ocurrió fue un accidente desafortunado porque los osos andinos solo comen carroña de vez en cuando y no depredan animales vivos. Probablemente, la ternera se perdió en el bosque del páramo y el primer oso la encontró muerta. En cambio, la osa que usted atacó debe haber seguido el olor de la carne y las huellas del otro oso.

En aquel momento, una caravana de vehículos se estacionó cerca de la granja. Ante las miradas atónitas del profesor, la niña y su abuelo, un grupo de expertos se dirigió al lago, tomó muestras de ADN, recogió a los oseznos y se llevó el cuerpo de mamá osa. En medio de la confusión, el trío de espectadores se enteró de que el cuerpo sería trasladado al museo de colecciones biológicas más cercano. Además, escucharon que el oso andino se encontraba amenazado por los incidentes de caza y la fragmentación de los páramos. Por lo tanto, aquel suceso trágico significaba una enorme pérdida para la especie.

[24] Cuando las autoridades se marcharon, el silencio volvió a la granja. Juanita se preguntó si los oseznos podrían regresar a la naturaleza en ausencia de una madre que les enseñara a sobrevivir. Al mismo tiempo, Jacinto trató de imaginar qué habría pasado si hubiese puesto una cerca en los límites del pastizal y si hubiera entendido antes que el oso andino era su gran aliado, el guardián del páramo.

Los hijos de *Saccharum*

Jonathan Escobar Oviedo

Una repentina tempestad en el corazón del valle sería el inicio de un amargo porvenir para toda la localidad. Desde el portón de una pequeña hacienda, Carlos miraba el apocalíptico horizonte sin saber que desde el cultivo de caña se levantaba algo más que solo petricor. De hecho, el dulce aroma que venía desde la cocina lo sumergió en un profundo recuerdo de infancia en el que era rescatado por su padre de ese frondoso laberinto. Pero el agua de panela con limón que se solía preparar ante semejantes desventuras, aquella tarde se consumió en el aire porque su padre había fallecido y Carlos no paraba de sollozar.

El predio que bordeaba el llano oriental del río Cauca entre el municipio de Buga y Yotoco, un angosto pasaje entre la cordillera central y occidental utilizado estratégicamente por los conquistadores, fue lo único que Carlos heredó. Los titulares de la fecha no mostraron siquiera la foto del hombre que por tantos años protegió la vegetación de la zona, pues apenas tuvieron media columna para recordarle al mundo cómo el cambio climático había acelerado la temporada de lluvias. Pero aquellas circunstancias no sorprendieron al joven que durante toda la vida contempló, desde la distancia, cómo su padre se sacrificaba en una empresa



que muchos consideraban absurda. “Si ves, hijo, las personas han [27] olvidado su deber con la madre tierra; preservar su equilibrio natural —le dijo una vez por teléfono—. Es que si supieras de dónde venimos, Carlitos, entenderías por qué nunca renunciaré a este trabajo”. Por esta razón, cuando el joven fue informado de la muerte de su padre, no solo lo sobresaltó el extraño fallecimiento de un hombre que sin importar su discapacidad en el hombro derecho por el zarandeo del machete había permanecido siempre saludable, sino también por la responsabilidad que ahora pasaba a sus manos.

No fue fácil tomar las riendas de su legado. Tardó casi tres semanas en dejar su vida citadina para volver al lugar que lo vio crecer. De camino al pueblo, el joven no dejó de mirar por la sucia ventanilla del bus el monótono y silencioso paisaje que se extendía a ambos lados de la carretera, pensando en la traición que cometería si vendiera el terreno que su progenitor tanto protegió. Aquella idea no lo abandonó durante los primeros días en los que se hospedó en la hacienda, recibiendo a diario molestos visitantes que después de dar sus condolencias pasaban a hablarle de negocios. Sin embargo, por aquellos días apareció el primer espectro que anunciaba el terrible desastre que se avecinaría como si de un mito escatológico se tratara. Mientras Carlos removía algunos trastos de la casa se topó con un viejo cofre que guardaba carcomidos documentos, aunque con cada hoja que corría entre sus dedos descubría que eran más que solo informes prediales, se trataba en realidad de páginas inconexas extraídas de tiempos y lugares remotos: una antigua pintura de dos danzantes en torno a un tallo, un pergamino titulado *Die Süße Kriger*, firmado por un tal Humboldt, densos tomos con una suerte de tipografía hindú y una corona estampada sobre las portadas, cartografías de colonizadores de las islas del Caribe y grabados amerindios de abejas situadas una sobre la otra. Todo lo demás eran crípticos textos que Carlos jamás descifraría. De repente, en medio de esa aparente

[28] biblioteca surgió un manuscrito en español decorado con una pequeña caligrafía en cursiva que deformaba la ese en una suerte de espiral; era la letra de su padre que al parecer daba cuenta de un fantástico relato:

Cuando la materia cósmica alcanzó su orden milenario, Yawm, dios solar, y Ghamar, dios del agua, engendraron cuatro radiantes seres que fueron adornando la superficie de la tierra. La más joven de los hermanos, Poaceae, esparció una atractiva vegetación que a su vez se multiplicó en millares de especies que crecieron a lo largo y ancho del globo terráqueo. No obstante, aquella vida crecía sin medida y amenazaba con devolver el universo al caos inicial. Entonces, Shamea, dios del fuego, le dio a la más dulce de todas las especies el poder de engendrar un ser que organizara los pastos. De ahí salió la primera tribu de seres humanos que se llamó en honor a su madre, Saccharum. De aquella intervención se explica la forma cilíndrica de nuestro dorso y extremidades que están unidas por articulaciones que se asemejan a los nudos de la planta, y la relación entre nuestras neuronas con la sutileza floral que tienen las incontables espigas que decoran su cúspide. Como resultado, la tribu trabajó la tierra y al mismo tiempo ésta le suministró legumbres, cereales, frutos y el suave néctar de su madre. Pese a ello, tal acuerdo fue interrumpido cuando tras varias generaciones el hombre abandonó sus deberes para saciar únicamente su apetito, y en el intento de ocultar a los dioses el daño ocasionado a la tierra quemaron imprudentemente los pastos. La ira divina desató un diluvio tras el cual surgió una peste que comenzó a expandirse por la tierra y exterminar...

Las páginas siguientes se volvían incomprensibles, opacadas por los hongos, comidas por las polillas. Con suerte, Carlos descifró unas pocas líneas que hablaban de cómo los dioses les permitieron

a algunos hombres convertirse en un tipo de mosca que protegía [29] los cultivos. Además, se decía que estos seres se vieron por última vez junto a personajes históricos como Belalcázar rumbo al océano Pacífico. Eso fue todo lo que pudo leer, una ficción claramente, pero que no dejaba de sonarle familiar.

Si el descubrimiento del cofre parecía ser una casualidad, dejó de serlo dos semanas después del diluvio, cuando los cultivos que finalizaban su fase de macollaje comenzaron a revelar incontables hojas marchitas y perforaciones en la base de los tallos. En efecto, el poblado no tardó en darse cuenta que la *Diatraea*, una histórica plaga de la caña de azúcar, afectaba el terreno de Carlos. Debido a esto volvieron a su puerta tanto hacendados que justificaban por qué tenía que vender el predio a tiempo y a menor costo, como vendedores de tóxicos pesticidas y algunos otros que a pesar de ser más amigables con el medio ambiente no lo eran con su billetera. Finalmente, unos campesinos persuadieron a Carlos de comprar algunas cosechas de controladores biológicos como *Lydella minense* y *Billaea claripalpis*, pero aquellos organismos fracasaron en su intento de detener la monstruosa plaga que no tenía precedentes.

La herencia de Carlos había sido un ejemplo para los ingenios de la zona que admiraban la buena coloración de su follaje y su alta productividad, todo ello como resultado de los años en que su padre ensayó con cruces genéticos de caña creados en laboratorios. Ahora, la naturaleza había acorralado a la ciencia demostrando cómo en pocos días podía infestar las diversas variedades de caña sembradas por toda la ribera del río Cauca, incluyendo la CC 05-430, “la variedad del futuro”, la cual se consideraba tolerante a la *Diatraea*. Una gran región del país comenzó a agonizar no solo por la disminución en la obtención de azúcar, panela, etanol, ácidos cítricos o dulces que servían de *souvenirs* a los turistas, sino también porque existían miles de personas cuya fuente de empleo era la caña. De este modo, se instaló un agrio sabor en el espíritu

[30] humano, porque el dulce, más allá de generar glucosa en el organismo, produce felicidad, esperanza.

La vida de Carlos fue reducida a la que podría tener el primer paciente de una epidemia, atiborrada de acusaciones, sospechas y una intensa culpa por algo que ignoraba. En aquel desconcierto el joven escapó del valle hacia la falda occidental de la cordillera, la cual se eleva hasta el alto Calima y desciende a las playas de Buenaventura. Allí, entre la soledad, la neblina y los ensueños, Carlos percibió unas bromelias que crecían en los troncos de los árboles y servían de hogar a diminutos organismos que eran el alimento de innumerables insectos, los cuales, a su vez, eran devorados por reptiles que se paseaban por el lugar. Aquellos actores de la naturaleza le hicieron recordar una historia que su padre le contó, en la que el dios muisca del sol, Xué, transformó a un grupo de hombres en osos andinos, en cuya dieta se encuentran precisamente las bromelias y los pequeños vertebrados, con el fin de proteger el agua de los páramos. Cuando estas palabras terminaron de pasar por su corazón y solo quedó el silencio del bosque, Carlos contuvo la respiración y se quedó inmóvil. No fue solo una idea lo que llegó a su mente, fue una revelación.

La necesidad humana de obtener a la fuerza resultados inmediatos había hecho que todos los sistemas contra la *Diatraea* salieran mal. La naturaleza no funciona así, eso fue lo que Carlos comprendió tras ver cómo diferentes especies tenían un lugar indicado en el orden de las cosas. De cierto modo, cada roca, animal o planta era un engranaje dentro del cosmos, a esto se debía que la tarea del ser humano fuera preservar la armonía de la Tierra.

La ola de pensamientos que despertaron a Carlos de su letargo lo condujo de regreso a casa. Tras entrar por el portón, rebuscó entre los documentos de su padre algún indicio del supuesto engranaje perdido en los cultivos de caña. De nuevo ojeó los códigos del cofre como si repentinamente pudiera comprender sus acertijos y jeroglíficos, hasta que descubrió un detalle, tal vez imperceptible,

pero que huía de toda casualidad. Junto a las ilustraciones de los danzantes, del pilar de abejas, en los bordes de la corona hindú y de las cartografías españolas, se hallaban grabados diferentes arvenses e insectos voladores que más allá de decorar las imágenes eran parte de un extraño flujo estético. [31]

Por los días siguientes, el joven se comportó como un excéntrico ambientalista que sembraba arvenses junto al cultivo de caña, una desconcertante tarea para la lógica del monocultivo. A pesar de los agravios y los artículos que no paraban de señalar las pérdidas económicas, Carlos no cesó en su intento de regresarle a la naturaleza un equilibrio que difícilmente podía expresarse en porcentajes. Así fue como con cada puñado de tierra que removía sentía que sus manos ya no le pertenecían, que eran las dinámicas manos de un guerrero indígena, las de algún ser milenario con miles de extremidades dirigiendo el devenir del universo o las de su padre cuyas callosidades reflejaban su gran consagración.

Lo que ocasionó la labor de Carlos fue la llegada de una multitud de nuevos insectos atraídos por las hierbas, entre ellos un legendario guerrero volador llamado *Genea jaynesi*, depredador natural de la *Diatraea*, gracias al cual fue disminuyendo la población de esta plaga como ningún otro método había conseguido. Se necesitaron varios meses para que los campos se recuperaran del daño ocasionado, aunque más allá de un simple reajuste se hablaría de un nuevo comienzo para el ecosistema. El trabajo de Carlos continuó sirviendo de ejemplo para los grandes y pequeños ingenios, los cuales comenzaron a divisar en la caña algo más que solo un producto rentable. Así fue como el inmenso desierto verdoso se convirtió poco a poco en un colorido campo vestido de disímiles texturas durante el día y en una orquesta con el zumbir de cientos de animalitos en la noche.

Diferentes hechos transversales podrían seleccionarse como secuela final de esta historia: la revitalización de la fauna, el mejoramiento en la salubridad de algunos alimentos, los nuevos mercados

[32] de libretas, aglomerados y hasta sandalias hechas con biomasa, cuentos que revivían el cuidado natural en el imaginario social, descubrimientos científicos, entre otros. Sin embargo, el último acontecimiento, que bien podía ser el primero siendo que estuvo escrito desde siglos atrás, fue el instante en que Carlos descubrió su historia opacada y repetida en el tiempo en una de las hojas del cofre de su padre.

Caña niña, caña

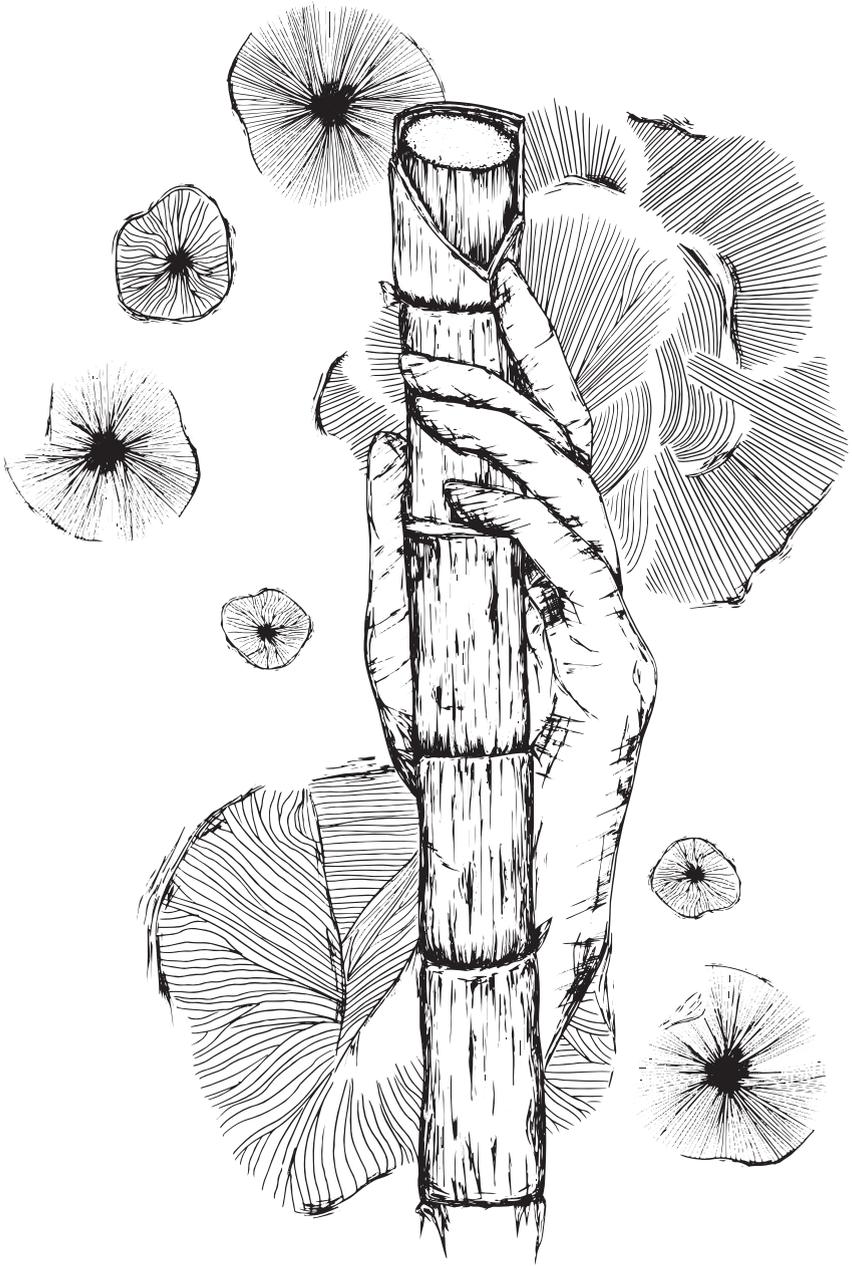
Laia Alba Ceballos

Como el ratón de la serpiente o el carpintero del guatín, escapo a través de la maleza tupida de un cañaduzal. Siento látigos en mis muslos, fustas en mis brazos, porras en el pecho y en mis dedos miles de agujas, al abrirme paso entre las ramas secas y puntiagudas.

Huyo de Federico Palacios, el dueño del cultivo por el que paso cada mañana para cruzar el río y llegar al pequeño colegio en el que curso sexto grado.

“Bonita, ven bonita, te vas a lastimar”. Su voz posesiva me piropea y apunta para palpar mi pañoleta, me persigue, el pánico me penetra, huelo su pestilente sudor, me persigue. Sus pasos prietos y presurosos levantan una polvareda, me persigue, pisotea la plantación, me persigue, prolonga sus brazos para pellizcar mi falda, me persigue. Se me empantana la vista, parpadeo y mi corazón palpita, palpita, palpita. Él me persigue y yo persisto, aunque mis pies estén pesados, como si caminara en un pantano. Me persigue, se aproxima, como gallo de pelea pega picotazos, me persigue, me paraliza, un pelotón de rayos de sol ardientes me perfora hasta las venas, me persigue.

El picante sol es combustible para el fuego que lleva alimentando en las noches con destilado de caña. Yo, ya vencida por el



cansancio siento su respiración en mi nuca. La proximidad de su cuerpo chamusca los pequeños bellos erizados de mi brazo. [35]

Resbalo, mi mejilla toca la tierra húmeda y respiro un aire fresco que huele a caramelo tostado. La tierra me refresca el corazón que estuvo a punto de quemarse. Acercó mi cuerpo a ese manto suave y negro como noche de cielo despejado, un murmullo de raíces me arrulla y no veo más salida. Hundo mi cuerpo en el suelo, lejos de Federico Palacios, caigo tierra abajo.

Donde:

Se va, todo se va,
 por el agujero de tierra
 que arropa mi cuerpo,
 se va mi cara, mi mirada,
 mis gestos
 gota

a

gota
 me evaporo en lágrimas.
 Se van mis manos,
 se va mi voz,
 se va mi aliento,
 se va todo.
 Solo queda niebla
 de sueño profundo

Al despertar me siento tiesa, mi pecho está duro y una pesada quietud me recorre de arriba a abajo, escucho el palpitar de mi corazón en algún lugar lejano, su rumor va desapareciendo y poco a poco el mundo se queda mudo.

[36]

No una planta rastrera
Una
raíz
un tallo clavado en la tierra
No
una
rama
enclencle
si no lanza que apunta al celeste
entrenudo
macizo y
nudo espeso
hago un torrente de savia y caramelo
Ahora
soy
caña
Niña
caña

en un pequeño cultivo a las orillas del río

Hay un silencio cortante, es oscuro el panorama, tengo una baba insípida atorada, no puedo tragar, no puedo gritar, no puedo llorar, todo se atasca o se bifurca hasta perderse en lugares que desconozco, pero que son míos.

Aparece un arcoíris lila, rojo y blanco, un prisma de resplandores despierta el verde-hoja, el verde-rama, el verde-tallo, un rojo manso me dan energía, “sol”, pienso, mientras siento un cosquilleo, recibiendo un nuevo día.

El bienestar pasa rápidamente, el rojo cala, me quema en su ardor. Ya no me gusta este sol, antes solía acurrucarme frente a la ventana y sentir los rayos hasta que el picor me hacía levantar. Siento ese picor, pero no puedo levantarme y mis raíces están secas. Huelo a lo lejos la sal y el agua, pero no las alcanzo. [37]

Por mis ramas pasa el recuerdo del agua fría de la ducha de mi amiga Clara, la fuente de tres chorros a la entrada del colegio, los paseos de río junto a mi madre, ay, mi madre. Quiero llorar y no lloro, pero el silencio me asecha y a pesar de tanto calor... el frío de la soledad se me pega.

De repente huelo algo podrido, húmedo y nauseabundo que se acerca a mis raíces. Un hongo se mueve por la tierra que me rodea y siento que se estira para alcanzarme, como las manos sudorosas de Federico Palacios. Esta vez no hay salida, el hongo se acerca, a punto de tocarme, el corrientazo de asco me prepara para pudrirme por dentro. Entonces el hongo se detiene y un delicioso olor salino llega a mi tallo, “¿puedo?” se traduce en mi mente ese delicado olor y me siento escuchada por primera vez en este “cuerpo”. Mis raíces comienzan a bailar en una conversación de olores tostados, dulces, terrosos, salinos y frescos. El hongo baila conmigo, gira, me enrolla y me abraza, suben por mi tallo agua fresca, minerales salados. De repente oigo el murmullo que producen mis hermanas cañas. Ellas también bailan con las esporas y los hongos. Fluye por sus raíces un festín salado y los hongos, que son como niños, felices, reciben el azúcar que mandan nuestros tallos.

No sé cuánto ha durado la danza, pero sí sé qué la ha terminado. Las pisadas de Federico reverberan por el cañaduzal, junto con las de los jornaleros que dejan a su paso un olor químico. Mis raíces lo buscan, torturadas, tanteando el suelo con angustia aún humana, pero no queda rastro del hongo, ese químico lo ha matado y el murmullo de mis hermanas ha cesado. Solo queda mi sombra silenciosa y desolada, un tallo que anhela arder sin dejar fantasma.

Murmullos subterráneos

Laura D. Bernal Beltrán

El día en que la tierra enmudeció fue también el día en que Alma exhaló su último aliento. Haciendo uso de lo que, sabía, serían sus últimas fuerzas, recogió un puñado de tierra y lo acercó a su oído. Allí estaban: unos latidos apenas audibles. Y se extinguían.

Por años presumió ser la única en todo el Valle del Cauca capaz de escuchar el latido de un suelo vivo. Se la juzgó de bruja, de satánica, de loca. La confinaron a un edificio de concreto durante cinco años y, cada mañana, enviaban a un barrendero para que mantuviera a raya hasta el último grano de tierra. El hombre la miraba con remordimiento —vergüenza, casi—, pero jamás interrumpió la labor. Bajo sus pies, Alma percibía los lamentos de un suelo aplastado por toneladas de materiales de construcción. La espera por poco la había enloquecido: la tierra, sellada con cemento, se quedaba sin aire y sus millones de habitantes perecían uno a uno. Ella lamentó las pérdidas como si fueran propias. Años más tarde, cuando finalmente la dieron de alta, regresó poco después a aquel edificio con un martillo y una barra de acero. Cada golpe dirigido a los pisos y las paredes de concreto clamaba venganza por los seres y los años perdidos.



Desde muy pequeña había aprendido a escuchar al suelo, a hablar por él. Aventajando en todo sentido a los adultos incrédulos, había descubierto comunidades que rebosaban de vida en la materia que, creían, simplemente sostenía su peso. La práctica le había permitido desarrollar la habilidad de comprender sonidos ininteligibles y, con el tiempo, fue capaz de traducir la voz del suelo. Solo así había logrado descubrir los apetitos de sus habitantes subterráneos: cada mañana, durante su caminata a la escuela, dejaba montoncitos de residuos orgánicos que desaparecían sin dejar rastro. Había tardado meses, incluso años, pero finalmente había conseguido dominar su idioma: a los nueve años, para disgusto de sus padres, había relegado al español a segunda lengua. Se acostumbró a las miradas recelosas que suscitaba en las tardes en que, a la sombra de una ceiba, narraba sus días al suelo por medio de una composición de zumbidos, silencios y borboteos. [41]

Ahora, con un rostro que exhibía surcos tan pronunciados como la tierra labrada, Alma pensaba en los abismos que la separaban de sus recuerdos de infancia. Por ese entonces ya adivinaba el lazo que la uniría a la tierra toda su vida. Recordó la torpeza con que sus primeros pasos se precipitaban hacia el vasto jardín en que desembocaba la puerta trasera para, acto seguido, atropellar su boca con puñados de tierra. Sin importarle las perlas de sudor que corrían por su frente, nuca y espalda, solía permanecer allí hasta que sus manos acumulaban tanta mugre que era imposible distinguir las del suelo. En aquellos instantes, la tierra se le antojaba dulce.

La fascinación que producía en ella —lo recordaba vívidamente— se debía a las voces. Al principio fueron pocas y casi imperceptibles: una leve vibración en la lengua que creía sofocar con el dorso de la mano. Sin embargo, al cabo de semanas, la sensación había triplicado su intensidad: la garganta de Alma hormigueaba como si albergara toda clase de criaturas. El ritual se repitió por años, sin que ella supiera de los mundos escondidos en la tierra que recogían sus manos. Con cada ocasión sentía acrecentar las voces

[42] dentro de sí y, a los once años, su propia voz dio paso a las que había estado ingiriendo durante tanto tiempo. La voz infantil perdió su acabado satinado y se transformó en una serie de ecos de distintas intensidades, timbres y entonaciones. El suelo se convirtió en su reflejo y ella, a su vez, se convirtió en su voz. Quienes la escuchaban quedaban con la inquietante sensación de haber estado en presencia de una orquesta.

Aunque sesenta y ocho años la separaban de aquellas tardes en que, bocado a bocado, afianzaba su labor de intérprete, aún conservaba con amargura el recuerdo del jardín de infancia. Las nuevas edificaciones e instrumentos de cultivo habían destruido el escenario de sus recuerdos. Los edificios de concreto, aquellos que había creído la única catástrofe, dieron paso a una serie de calamidades que se sucedieron al igual que una hilera de dominós. Poco después aparecieron los químicos: sustancias tóxicas que invadían el suelo como parásitos. Se instalaron una tarde de abril en que el calor invitaba a sepultarse bajo tierra. La curiosidad de los habitantes permitió que términos como *herbicidas* y *fertilizantes* fueran incorporados al lenguaje cotidiano. Las palabras habían traído consigo nuevas realidades: hectáreas de tierra sembradas y cultivos que parecían renacer espontáneamente después de cada cosecha. Durante los meses siguientes, un fuerte temblor sacudió la tierra. En medio de su asombro, los habitantes atribuyeron las sacudidas a la manada de tractores que recorrían los cultivos sin descanso. Solo Alma había descubierto que se trataba del temor que dominaba a los seres invisibles del suelo: una oscura premonición sacudía sus entrañas y, durante las noches que siguieron, las despedidas resonaron bajo tierra como una voz colectiva. La misma voz de Alma había adquirido el tono de la partida.

Los cultivos habían introducido métodos que desgarraban la tierra —el arado removía la superficie día a día, quebrando los filamentos de los hongos que la entretejían como una telaraña—, pero el vaho tóxico culminaba la catástrofe. El suelo se sentía tan

expuesto como un cuerpo desnudo. Alma lo veía reducirse, consumido y agotado, con cada cosecha. Sintió el dolor de la pérdida, por segunda vez, al advertir que los ecos en su voz disminuían. [43]

La tierra había hablado desde siempre, pero las personas no habían aprendido a escuchar. En las tardes en las que Alma se sentaba junto a las ceibas llegaban a sus oídos narraciones de un pasado insólito: la plaga de víboras de 1802 que por poco había acabado con una aldea, las últimas peregrinaciones de animales casi extintos, el primer indígena que desafió a un español. Después de muchos años, Alma había llegado a comprender que el suelo se asemejaba a un colador: junto con la lluvia, los sucesos que ocurrían en su superficie se filtraban en la tierra y descendían hasta sus aguas subterráneas. Allí, siguiendo la corriente de ríos y otras fuentes de agua, llegaban a diversos pueblos y ciudades. Estos, sin saberlo, llevaban décadas ingiriendo a sorbos la narración del suelo.

Sin embargo, la que sería la última narración la había tomado de improviso. Las explosiones comenzaron esa mañana, sin aviso previo. Alma se había levantado en medio de un océano de sábanas, sobresaltada por los gritos. Todo en su interior se sacudía violentamente. Había atravesado los corredores de la casa en segundos, esperando que en cualquier instante su mirada colisionara con la fuente del sonido. Aguardaba el desastre como tantas otras veces lo había hecho. Sin embargo, al cruzar la puerta de entrada halló al pueblo sumido en una tranquilidad inquietante. No había rastros de la destrucción que imaginaba al sacudirse el sopor del sueño. Los rostros de los habitantes, conservando su usual inmutabilidad, le indicaban que la catástrofe se hallaba en otra parte.

Atravesó calles, casas, prados y cultivos, dejando tras de sí el rastro de sus propios gritos alarmados. Preguntaba reiteradamente por el lugar de la explosión, pero los comentarios indiferentes que llegaban a sus oídos contribuían a su desesperanza. Algunas manos apuntaban en la dirección de los estallidos, pero se detenían en seco

[44] cuando Alma preguntaba por la fuente de los gritos. Su desconcierto acrecentaba con cada persona que se cruzaba: los alaridos eran agobiantes, ¿cómo podían no oírlos? El cansancio acumulado con los años luchaba por retardar sus pasos. Poco a poco comenzaba a perder la noción del tiempo y la distancia. Después de lo que sintió como horas, sus pies se detuvieron a escasos milímetros de un cráter descomunal. Contempló, con horror, el campo de tierra socavada y aguas muertas a sus pies. La fuente de los gritos, de repente, se esclareció ante ella: el suelo, profiriendo millares de lamentos, se transformaba en un paisaje sonoro desgarrador. Los seres que antes habían narrado para ella anécdotas de siglos pasados se ahogaban ahora en un coctel tóxico de mercurio. Un destello a lo lejos le reveló la extracción de oro.

Alma observó detenidamente el puñado de tierra que había recogido en sus manos: el suelo, como su piel, conservaba los rastros de las incontables transgresiones que había soportado. La huella del ser humano le había dejado una marca, aunque disimulada, indeleble.

La última explosión dio paso a un silencio ensordecedor. Ante la mirada atónita de Alma, la tierra enmudeció. Solo quedó el compás de unos latidos agonizantes. Alma apretó los dientes y tomó la decisión. Por años había consumido la tierra, era tiempo de ofrecerle lo mismo. Hundió sus extremidades en el terreno suelto, luego el torso. Segundos antes de sumergir la cabeza, grumos de tierra se desprendieron del suelo e inundaron su boca, creando en su memoria el último recuerdo. Le pareció saborear, con los ojos cerrados, el anhelado retorno a los días de infancia. Por segunda, y última vez, el suelo se le antojó dulce. Olvidó el peso del cuerpo y cedió sus labios a las voces que anteriormente la habían desbordado. Creyó oír el eco de un murmullo abriéndose paso a través de los escombros.

Su corazón se detuvo. El del suelo, aunque débil, continuó latiendo.

Nativo

Juan Manuel Gómez Cotes

Estaban arriba de los acantilados en silencio, desnudos, hombres, mujeres y numerosos niños, escondidos entre los árboles mientras atravesábamos los bosques de tepuyes. Asustaban a los visitantes con sus risas repentinas. Los miré como si fueran unos primos queridos. Y luego, bajo la fuerte humedad, observé el cielo. Las águilas sobrevolaban este antiguo templo ancestral custodiado por jaguares, adornado con tapires y rodeado por las aguas del Apaporis. En un momento recordé cómo llegamos a este tesoro de la selva.

El aguacero comenzó cuando ya nos estábamos acercando a la serranía de la Lindosa. Mojados por la saliva de Echikirama, el padre creador, llegaríamos a nuestro destino. Habíamos salido antes del amanecer. Los gigantescos árboles con sus ramas hacían reinar una oscuridad que parecía la noche. Los rayos de Monairue Jitoma que iluminaban a la Madre Tierra estaban ausentes. Yo era el guía de una pareja de jóvenes científicos antioqueños, Mario y Lina, y un obeso turista bogotano de nombre Ernesto. Conocía mejor este sitio que cualquier otra persona, con la excepción de nuestros primos, los aislados. La lluvia constante y el olor de la manigua era tan familiares para mí como los sonidos de micos y aves. Los acompañantes disimulaban las molestias que les causaba



la selva. Mis mayores me hablaron del lugar y conocía cada sendero desde mi infancia. Muchas veces caminé por sus alrededores, desde el momento en que ingresé a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo. La cuadrilla que integré realizaba sus patrullajes por la zona, les mostraba los caminos de la selva. Era fácil guiar a los foráneos hasta donde querían llegar. [47]

Antes de salir habíamos desayunado unos marañones que recogí la tarde anterior, mientras los visitantes preparaban las carpas para dormir. Las provisiones que trajeron de la ciudad desaparecían sin que se dieran cuenta, los foráneos pensaban que eran los micos, pero yo sabía quiénes eran los responsables, eran los mismos que les sustraían cosas de los campamentos a mis compañeros de la guerrilla. Insuficientes resultaron los repelentes contra los mosquitos, que continuaban dándose un festín con ellos. Así que les ofrecí las frutas y unas semillas de achiote, que, luego de ser machacadas y mezcladas con agua, se restregaban por el cuerpo para espantar a los fastidiosos insectos. Los científicos y el turista se sorprendieron por mi conocimiento de la selva. Yo soy un indígena murui y estos montes siempre han sido mi hogar. Consideraba plantas y animales como parte de nosotros y le pedía permiso a Echikirama para utilizarlos o consumirlos. La comunidad donde nací y crecí no quedaba tan lejos de la serranía.

Caminábamos por uno de los senderos, escuchando los ruidos propios de la jungla, bajo la lluvia torrencial que hacía que los visitantes fueran unos gigantes de pies de barro, cuando llegó un momento perturbador, sentimos que nos seguían. Luego oímos la risa de unos niños. Mis acompañantes se pusieron nerviosos.

—Tranquilos —les dije, sabiendo que debía tratarse de los aislados. Aquellos primos nuestros que decidieron internarse en lo más profundo de la selva para no tener contacto con personas que no fueran como ellos. —No se asusten, solo es el ruido de la manigua —los decía para calmarlos, aunque sabía que estaban

[48] siguiendo las huellas que dejábamos. Nunca hablaría de la existencia de ellos con ningún foráneo.

Lina, la científica paisa, una rubia de ojos azules, me miraba nerviosa.

—¿Ruido de la manigua? Bueno, Rafue, mientras no sea un jaguar.

El jaguar era uno de los mamíferos más peligrosos que podíamos toparnos en la selva, pero yo tenía una idea bastante precisa de los territorios que el animal había marcado como sus dominios. Al contrario de los foráneos, no estaba preocupado de que en el camino se nos apareciera el amo de la jungla, a ese animal los murui solo le teníamos respeto.

Un ser aún más temible que el mismo felino era el que sí debía preocuparnos a todos: nosotros mismos. Recuerdo dolorosamente por qué entré a la guerrilla. Una noche, los paramilitares asesinaron a mi padre, quien era el líder de la comunidad. Lo acusaron de ser un colaborador de las FARC-EP solo porque en la mañana les había vendido plantas medicinales a los guerrilleros, quienes se las iban a llevar a unos compañeros que estaban enfermos de leishmaniasis. La muerte del cacique causó un gran dolor entre los nuestros y un horrible vacío en mi ser. Era un hombre sabio que conocía mucho sobre la relación armoniosa con la naturaleza. Mi progenitor me había enseñado con cariño cómo debía respetar a la selva y cuándo disponer de plantas y animales. Todo lo aprendí durante los rituales de iniciación en la manigua.

Supimos que el Ejército Nacional había facilitado información para que llevaran a cabo el homicidio. Mi sed de venganza me motivó a viajar hacia el campamento de los guerrilleros y vincularme a ellos siendo un adolescente. Mi conocimiento de la selva me hizo valioso para las FARC-EP.

Seguíamos por los oscuros senderos en medio de gigantes y frondosos árboles, bajo la lluvia constante, parecía que la manigua

nos iba a envolver, decidida a no dejarnos avanzar hacia nuestro destino. [49]

—Rafue, parcero —me llamó Mario, que era un hombre de cabello rastafari al que ya le tenía mucha confianza—. Nos hemos dado cuenta de que eres muy piloso con la selva. Además, sabemos que estuviste muchos años metido en la guerrilla.

—La selva es mi casa.

—Nos gustaría saber cómo aprendiste a ser amigo de la naturaleza y cómo sobreviviste dentro de la guerrilla. La guerra fue muy larga y sangrienta.

—Desde que nacemos ya tenemos conexiones con la naturaleza. Entre todos nos respetamos.

—¿Y, dinos, la vida en la guerrilla era muy difícil?

—Más que eso, estábamos todo el tiempo alerta por las minas quiebrapatas, los combates y bombardeos.

La verdad es que no quería recordar nada de mis años en la guerrilla. Cuando entré, recibí un camuflado con unas botas y comencé el entrenamiento. Estuvieron preparándome para el combate durante unas semanas. Mi iniciación fue el fusilamiento de un prisionero paramilitar, un suceso que aún recuerdo con impacto. El comandante ordenó que le disparara con el fusil que me entregó, el arma que fue mi compañera en mi paso por este grupo. No olvido ese cuerpo amordazado y los ojos llorosos. Después de apretar el gatillo pensé que el muerto podía ser uno de los integrantes del grupo que asesinó a mi padre y eso me tranquilizó un poco, lo merecía también por las atrocidades que habían cometido contra los habitantes de la selva.

Al principio me mandaron a patrullar la jungla con otros combatientes, enseñándoles los caminos, y luego me asignaron la vigilancia de los secuestrados, que tenían amarrados con cadenas en corrales cercados con alambres de púas, como unos animales. Los cautivos eran militares y policías, a quienes siempre traté de hacerles la vida difícil en estos montes. Con insultos y golpes les recordaba

[50] muertes y violaciones que habían protagonizado en complicidad con los paramilitares y sonreía de placer al ver el sufrimiento de esos desgraciados, de cómo los podría la selva. Me había convertido en el peor carcelero que un prisionero pudiera tener.

Ernesto, el turista bogotano, comenzó a sentirse mal, la manigua lo estaba asfixiando con su abrazo mortal. Nos detuvimos debajo de un árbol y comenzó a vomitar. Estaba fatigado. Había previsto esto, la llegada a la serranía era bastante dura, así que el día anterior había preparado unas bebidas con unas hierbas que recolecté después de buscar las frutas. Se la di a beber al turista y esperamos durante una hora hasta que recobró fuerzas para continuar con nuestra marcha. Era la misma bebida que consumía cuando debíamos atravesar la montaña para movilizarnos a un campamento o huir de los ataques y bombardeos del Ejército Nacional. La preparaba en el camino y mientras mis compañeros guerrilleros estaban cansados, yo me mantenía fuerte como si nada, y trataba de darles de beber de mi pócima, pero la rechazaban por su sabor amargo.

Escampó. Eso nos hizo más fácil el trayecto final. Cuando se firmó el acuerdo de paz, después de entregar las armas fuimos ubicados en un lugar llamado Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación. Quedaba distante de los sitios donde habían estado nuestros campamentos. Nosotros construimos las viviendas y contábamos con la protección de soldados, los mismos a los que muchas veces les hice daño por venganza, pero en esta etapa de mi vida ya no los veía como enemigos, todos debíamos prepararnos para la paz. Compartía con los uniformados, no sé si era remordimiento porque ahora ellos nos estaban cuidando. Pensé en los militares secuestrados que me habían ordenado custodiar, quizás algunos de ellos no habían cometido atrocidades, tenían familias y eran honestos. Me sentía mal por haber hecho miserable la existencia de estos hombres durante su permanencia en la selva, por eso al verlos de pie, mojados por la saliva de Echikirama, mientras

hacían guardia alrededor del Espacio Territorial, enviaba con las compañeras café y chocolate, que nos suministraba el Gobierno, para que soportaran el frío. Nos enseñaron muchas cosas, pude graduarme de bachiller, pero lo que más me gustó de la estadía en ese espacio fue el proyecto “Paz con la naturaleza”, porque aprendí a hacer un inventario de plantas y animales con herramientas extrañas para mí. [51]

Desconocía que existieran tantas personas interesadas en viajar a los montes, observar las aves, bueno, como esas cosas eran tan normales para mí, quizás por eso me extrañaba la sorpresa de los que llegaban a estas junglas por primera vez. Regresé a la comunidad para dedicarme a ser guía turístico y guardabosques.

Monairue Jitoma ya lanzaba sus rayos más fuertes, los foráneos estaban muy cansados. Los había conocido porque un profesor me recomendó con ellos. El docente me había capacitado durante unos talleres de “Paz con la naturaleza”. Cuando estaba en la comunidad con mi familia recibí la llamada de Mario y Lina, me dijeron que, por favor, los guiara hacia la serranía de la Lindosa, caminando por tierra, ellos querían avistar numerosas aves y tomar muestras de plantas, algo que no habían podido hacer por la guerra. También me informaron que un turista de Bogotá les iba a patrocinar el viaje y me iba a pagar muy bien por llevarlos hasta allá. El señor de la capital era un empresario que desde hacía muchos años quería conocer Chiribiquete.

Al fin llegamos después de rodear la serranía. La luz del día nos mostró una de las maravillas de nuestro país: numerosos acantilados con pinturas de animales y personas. Imágenes de peces, tortugas, lagartos y aves estaban plasmados en esas verdaderas obras de arte. Peces como el piraiba, que pescaba con mi padre en el gran río y lagartos como el caimán, digno de respeto. También vimos dibujos de personas bailando y tomadas de las manos, las mismas danzas en las que participaba de niño, además estaban marcadas numerosas

[52] huellas de manos, antiguas y recientes, las de mis ancestros y las de los aislados que continuaban acudiendo a este lugar sagrado.

Los visitantes estaban incrédulos de tener ante sus ojos un lugar como este. Miles de años de historia en la selva se representaban en esas pinturas, porque los científicos pudieron identificar imágenes de animales extinguidos hace milenios. Las personas representadas eran mis ancestros y también de los primos aislados, quienes seguían coloreando esas piedras, en la manifestación más pura de cultura que puede existir.

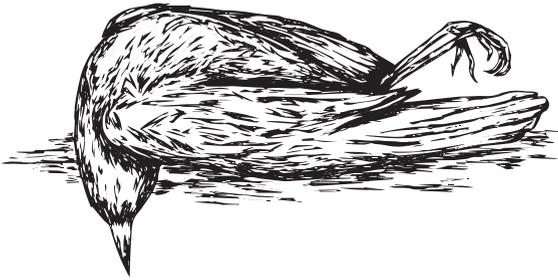
Y en un segundo los vi, a lo lejos una familia desde lo alto de los acantilados nos observaba. Mientras los acompañantes estaban distraídos, yo los miraba y pensaba en lo felices que debían estar, viviendo en el corazón de la naturaleza. Recordé lo que me habían narrado mis mayores acerca de este sitio y de los aislados. Estábamos en un lugar sagrado para todos los habitantes de la selva. Mis ancestros deben estar orgullosos de que dejara las armas y me convirtiera en un guardián de la naturaleza.

La Lucila selva: historia de un ave

Laura Marcela Aguirre Martínez

“Cuando el quebrantahuesos pasa volando, es que la selva se va a cerrar. Nunca desconfíes de tus sentidos, mi luz, mi niña, mi Chimachimá”, le decía su madre cuando recogían la cosecha y súbitamente pasaba un caracara sobre el cultivo. Eran recuerdos de otros tiempos, cuando a Lucila no la habían arrancado de raíz de su mundo conocido, cuando habitaba el campo fértil y no el campo de batalla. En ese entonces, sus manos aún sostenían juguetes y no armas.

Aquellos recuerdos visitaron su memoria la tercera noche de expedición, mientras realizaba el inventario de especies. Esta era una de las funciones en su nuevo oficio como guía experta. Pensó que no había visto a ningún quebrantahuesos desde que abandonó el frente guerrillero, aunque recordaba bien el momento: al caracara se lo reconocía primero por el olfato. El olor de la selva se hacía más penetrante, la humedad detenía el aire y la respiración se volvía caliente. Después se lo identificaba con el tacto: un hormigueo recorría los brazos hasta llegar a los dedos, ya hechos agua por el sudor abundante. A continuación, Lucila lo veía claramente sobrevolando el río y entendía todo: esa noche, la selva iba a cerrarse. Se estremeció de solo recordarlo y continuó con



el registro de los animales y las plantas de Charras, una región [55]
oculta en el corazón de la selva colombiana.

La mañana anterior había descubierto una familia de “tucusitos”, pequeños colibríes de cabezas pardas y picos rojos. Sonrió y recordó que siempre quiso ser un ave, una chimachimá, y volar junto a sus hermanos los “milvagos”. Cuando lloraba por alguna reprimenda, cambiaba de apodo y se convertía en “Puku pukú”, porque, según su madre, se parecía al llanto de un pichoncito que habitaba selvas extranjeras. Quería ser un ave, pero nunca lograba decidir cuál, pues las opciones eran tan diversas como los colores de sus plumas. Así que tomaba un pedazo de papel y pintaba el plumaje gris oscuro de la monja unicolor, la cara amarilla del chimachimá y el pico rojo del diamante cabeza parda, pero más largo, como el pico del tijaeta gris. En su adolescencia, ya en la guerrilla, añoró con toda su alma convertirse en pájaro y poder abandonar el campamento en las noches que más extrañaba a su madre.

(Mi luz, mi niña, mi Chimachimá)

Se descubrió perdida en aquellos pensamientos y dibujando aves de un solo trazo en un extremo de la hoja, cuando escuchó la voz de Mayra:

—¿Qué haces despierta, Lucila?

No venían solas, las acompañaban los hijos menores de ambas, Yeikon y Mauricio, de siete y seis años, respectivamente. Los niños habían nacido en medio del combate armado y aunque no tenían recuerdos conscientes de aquellas épocas, su reloj biológico parecía evocar las noches de caminatas interminables en los brazos move-dizos de sus madres.

—Yo tampoco puedo dormir, Mayra, ¿qué les pasó a los niños?

—Que quieren un cuento, dicen.

—El del quebrantahuesos, mami —soltó Yeikon.

Su estómago le dio una vuelta y su rostro se tornó sombrío.

(Tranquila, mi Puku pukú, Chimachimá)

[56] Aquel no era un cuento, esa fue solo una excusa que había inventado Lucila un atardecer caluroso, dos años atrás, cuando avistó al quebrantahuesos mientras lavaba los uniformes en el río. Sus hijos, Yeikon y Yina, jugaban en el agua cuando el olor a verde y el sudor lo invadieron todo sin que nadie más lo notara. Las nubes grises se multiplicaron y Lucila supo que tenían que apresurarse. Llamó a sus compañeras y a los niños, quienes no sentían nada extraño, pero obedecieron a la advertencia implícita.

Ahora no habitaba la zozobra de la guerra, contaba con un oficio y un lugar seguro. Pero era imposible olvidar las señales de la naturaleza, que la habían acompañado desde siempre.

—¿El del pájaro invisible? —respondió Mauricio.

—¡Sí! —gritaron ambos y Lucila se rindió ante las vocecitas.

Por supuesto que el caracara quebrantahuesos no era invisible, pero, en el antiguo grupo de compañeros de la resistencia armada, solo Lucila podía sentir su presencia y verlo atravesar los ríos como señal premonitoria. Había sido un regalo de su madre a ella y a sus hermanos; un regalo con propósito desconocido hasta que fue reclutada. También a su madre la llamaban “Chimachimá” de pequeña, así que el apodo y la habilidad de ver al pájaro mensajero eran su herencia.

Cuando aquello ocurría, Lucila le contaba su hallazgo al comandante del frente, quien se había convencido de la veracidad de sus palabras, tras casi morir en una noche de selva cerrada, rodeado por sombras con formas humanas y animales. Ramiro, un hombre enorme y barbado, por lo general cancelaba los planes, aunque, cuando era verdaderamente necesario hacer el recorrido, lograba llegar a una especie de acuerdo con la “Madre”, es decir, con la selva. Lucila sabía que el ritual desconocido había funcionado porque el cielo se despejaba y Ramiro se dirigía al grupo diciendo: “Nos guía esta noche la Lucila selva, la Lucila luna”. Esta frase indicaba que emprenderían la marcha pronto y que Lucila encabezaría el grupo.

—La-luz-y-la-selva, la-luz-y-la-luna —repitió Lucila—, con cuidado de no despertar a los niños que se habían rendido al sueño antes del final de la historia. [57]

Mayra conocía a su amiga desde hacía más de una década y sabía, por su actitud, que las esperaba una noche asediada por los recuerdos. Preparó café para ambas y rompió el silencio:

—Este café caliente me recuerda las aguas del Putumayo —dijo.

—Tengo un presentimiento —respondió Lucila, como si no hubiese escuchado a su amiga.

—Eso es que está nerviosa por la expedición, Lucila, pero usted, que es la luz de este grupo, va a encontrar lo que busca, va a enseñarles el camino —afirmó Mayra.

Por aquellos días solo se hablaba del descubrimiento de Lucila. Había sucedido un par de semanas atrás cuando caminaba cerca del río Guaviare, mientras recordaba las palabras de su madre: “*Chimachimá, el río es el espejo del cielo*”. Trataba de evocar su voz cuando escuchó un graznido aterrador, como un llanto, similar al de sus excompañeras cuando perdían a sus hijos antes de darlos a luz. Serían poco más de las cuatro de la tarde, pero el sol se había ocultado entre las aguas.

Lucila se había detenido, atemorizada, para buscar su teléfono móvil en el bolsillo. Aún le costaba hacerlo parte de sus pertenencias, llevar un celular en todo momento, como quienes nunca habían conocido la desconexión y el destierro.

Siguió el sonido con sus ojos y sus manos. Cuando tuvo el ave a la vista tomó varias fotos para ingresarlas en el registro digital. El ruido cesó en cuanto el ave se percató de su presencia, pero Lucila no se quedó a observarla. Volvió sus pasos al poblado con el corazón en la mano, mientras se repetía a sí misma que ya había visto aquella imagen antes, aunque el sonido le hubiese resultado tan extraño. Se decía, también, que los expertos sabrían nombrarla.

¿Llanto o graznido? ¿Llanto o graznido?

(Nunca desconfíes de tus sentidos, Chimachimá)

[58] Mayra convenció a Lucila de irse a dormir, pues no lograba concentrarse. Tendrían que terminar los preparativos en la mañana y, hacia el mediodía, partir junto al grupo internacional de investigadores en busca de la curiosa ave. Las fotografías publicadas en la aplicación habían despertado tanta curiosidad, que se había programado una visita extraordinaria para intentar identificar la especie.

Al verlos llegar días atrás, Mayra había comentado en el grupo de mujeres:

—No saben ni caminar, son como unos niños. Hay que decirles qué tocar y qué no, cómo moverse, cuándo callar y cuándo hablar. —Todas habían reído al escucharla.

—Somos madres, por vocación enseñamos a otros a caminar, a protegerse y a defenderse, tal como la Madre lo ha hecho con nosotras —había respondido Lucila.

Pero esa noche, tres jornadas después de caminatas interminables, Lucila se durmió pensando en lo agotador que era ser madre y ser luz, cuando en ese momento se sentía como una huérfana perdida en la oscuridad. Una vez más deseó convertirse en pájaro y pensó que Yeikon y Yina, quienes imitaban perfectamente el canto de muchas especies de aves, ya iban un paso delante de ella.

Al día siguiente, la expedición transcurrió en calma y hacia las cinco de la tarde se filtró el sonido del agua entre las piedras: el río estaba cerca. Poco después, el mayor temor de Lucila se hizo realidad. Intentó evadir el fuerte olor a verde y a selva que caía como lluvia invisible y se posaba en el ambiente. Movi6 sus brazos para evitar el hormigueo y se sec6 el sudor de las manos, pero fue inútil. Mientras tanto, Mayra hablaba animadamente sobre las aguas del Amazonas y del Guaviare a los científicos, quienes no se percataban aún de lo que sucedía. Lucila parpadeó fuerte antes de mirar al cielo y fue ahí cuando lo vio: un caracara quebrantahuesos atravesando el río, en calma, siguiendo el cauce como quien se dirige sin angustia hacia el infinito.

Sintió que todo su cuerpo temblaba y llamó a Mayra, aún con la mirada puesta en el cielo. Su compañera, quien solo veía copas de árboles y nubes, entendió el mensaje y trató de tranquilizarla. [59]

—Es noche de selva cerrada —soltó Lucila.

—Lucila, cálmese. No podemos salir corriendo, estamos cerca de donde se encuentra el ave y todo el equipo debe partir de regreso en la mañana —dijo Mayra.

Lucila estaba a punto de responder cuando escuchó el graznido característico. Todos coincidieron en que aquel silbido era similar a un llanto. Los investigadores prepararon las cámaras y, junto a Mayra, siguieron avanzando cerca de la orilla, girando su cuerpo para tratar de encontrar el animal.

A Lucila le pareció oír una voz proveniente del agua, así que se acercó para escuchar con mayor claridad. Sobre una piedra descansaba, con pico azul cielo, ojos color miel y rostro de fuego, un caracara quebrantahuesos en calma.

(Nunca desconfíes de tus sentidos...)

—Nos encontramos, Chimachimá, eres igual que tu madre. No intentes huir de esta selva que estás llamada a proteger, no se cerrará la tierra, ni el río, ni el cielo, si los recorren guardianes de buenas intenciones.

Al mismo tiempo, a una decena de metros, Mayra fue la primera que avistó el ave de las fotos de Lucila: plumaje blanco y café, cara amarilla, pico blanco. Se trataba de un chimachimá, aunque de mayor tamaño y aspecto longevo, que dejó de emitir su sonido en cuanto se posó a su lado otra ave: esta sería el mayor descubrimiento de la jornada. Como un pájaro hecho de retazos, la recién llegada portaba plumaje gris oscuro como el de la monja unicolor, la cara amarilla del chimachimá y el pico rojo del diamante cabeza parda, pero más largo, como el pico del tijereta gris.

Los investigadores tomaron fotografías, maravillados, mientras Mayra corría por la orilla en búsqueda de Lucila. Pero no la encontró. No lo hizo en ese momento ni en las horas siguientes,

[60] en las que ella y el equipo la buscaron. Tras una larga caminata por una noche despejada, alumbrados por la luz de la luna, decidieron tomar una canoa para continuar la búsqueda río abajo, pero fue inútil. Su compañera había desaparecido en medio de la luz y la selva, de la luz y la luna.

Regresaron al poblado exhaustos y al llegar les informaron que también Yeikon y Yina, los hijos de Lucila, habían desaparecido. Mayra lo comprendió todo mientras tomaban el desayuno. En un árbol cercano se posó el ave gris de pico rojo, aún indeterminada, acompañada de sus dos pichones. Les sonrió breves segundos, antes de verlos alzar vuelo y perderse en el infinito.

Nombres científicos y comunes de las aves:

Caracara cheriway: caracara quebrantahuesos

Milvago chimachima: chimachimá

Amazilia fimbriata: diamante cabeza parda

Prilorelys resplendens: puku pukú

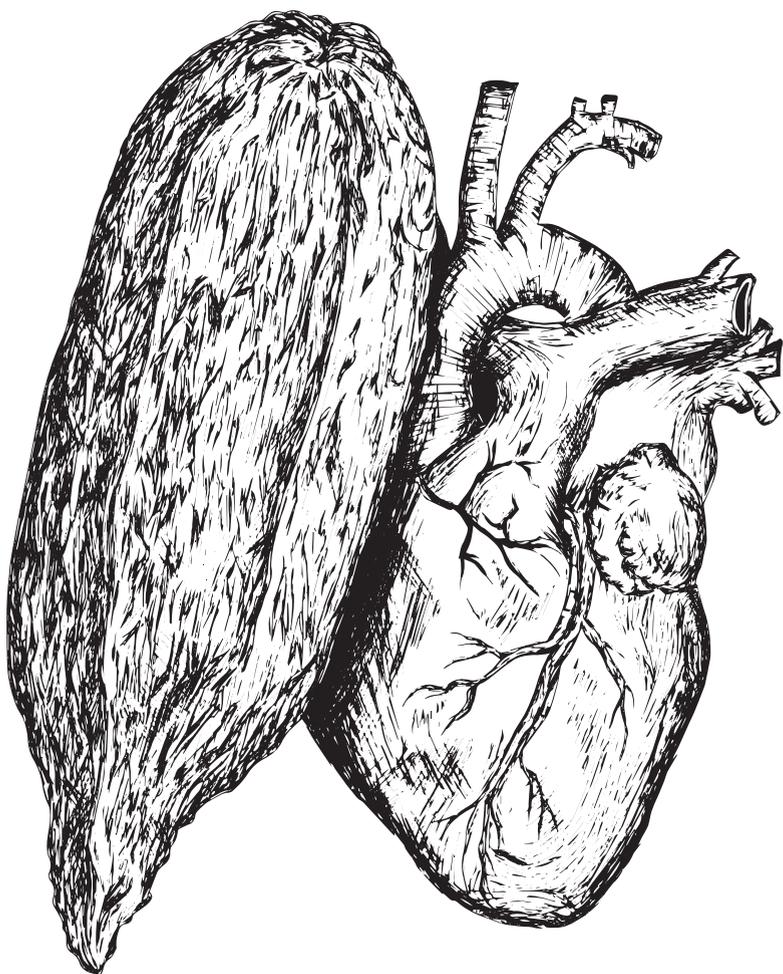
Monasa nigrifons: monja unicolor

Tyrannus savana: tirano tijereta gris

Volver a la raíz

Claudia Carvajal

Cinco minutos después de probar el bocado del dulce amargo que le habían ofrecido, se sentó en una silla. Las piernas le temblaban y el estómago le hervía. No quería vomitar, ni tampoco ir al baño, sentía, más bien, como si se hubiera tragado el bochorno de una ciudad costera. Tomó una servilleta para limpiarse el sudor de la frente y, de pronto, entre todas las imágenes que aparecieron en su memoria, vio la envoltura de color metálico del primer chocolate que se había derretido en su lengua. También escuchó la risa de Martín al descubrir la mancha en su diente. Él había sido un amigo de infancia, el niño que su madre cuidaba y que cada semana aparecía en su casa con alguna nueva enfermedad: neumonía, bronquitis, una infección en la sangre. A diferencia de otros niños, ellos hablaban mucho y jugaban poco. Martín le había dicho, como si fuera una confidencia, que el chocolate era capaz de llenar las necesidades profundas del alma. Tres días después había muerto. Entonces atesoró la envoltura de ese primer chocolate dentro de un libro y aprendió a llenar sus abismos con el olor amargo que se conservaba en ella. Y, pasados los años, se disolvió la imagen de Martín.



Ella trató de recomponerse en la silla. Cuando levantó la mirada [63] recordó que estaba rodeada de periodistas y otros catadores, que querían saber su opinión sobre el nuevo chocolate preparado con cacao silvestre del Amazonas. Dijo algunas palabras: que tenía un nivel equilibrado de astringencia y amargura, también notas de sabores intensos y frutales, pero no encontró las palabras para expresar lo que realmente quería decir. Se fue de prisa, sin probar los otros chocolates.

Ya en el carro, la persiguieron los recuerdos. Eligió ser catadora porque, con tantas pérdidas familiares, el chocolate había cosido su tristeza en forma de bombones, de pastillas y de crema. La obsesión por el cacao terminó de instaurarse con la segunda muerte: la de su padre por un corazón agotado. La noche posterior al entierro sacó de un cajón las figuritas de origami —que él había hecho con la envoltura de las chocolatinas y que ella había pegado en los muros de su habitación de adolescente—, compró chocolates de todos los sabores, se metió bajo la cama, cerró los ojos y dejó que, uno a uno, los chocolates se derritieran en su lengua. Entonces sintió que se le calentaba el pecho y no tuvo ganas de llorar.

Su obsesión la llevó a descubrir que hay cacaos comunes que llevan muchos años creciendo en el territorio colombiano y que poco a poco han perdido la capacidad de resistir las infecciones fúngicas y víricas, como el pobre Martín. Sin embargo, hay otras especies que crecen en soledad y con fuerza en medio de la Amazonía, cacaos silvestres que tienen características únicas incrustadas en su ADN, con las que desafían el mal tiempo. Se dedicó a estudiarlos y a probar todos aquellos que tuviera al alcance. Se enamoró de las flores extrañas de la *Herrania purpurea* y durante varios años asistió a cursos, talleres y conferencias.

Contempló sus manos húmedas en el volante y tuvo la sensación de que el vientre se le expandía. Ya hacía algunos años que estaba sola. Su teoría era que los cacaos mágicos la habían salvado de una muerte prematura, como la de sus parientes. El cacao pertenece

[64] a un árbol de la vida que tiene parientes muy lejanos. En su propio árbol de la vida, ahora ella ocupa el último lugar.

La tercera pérdida fue la de su madre, en un accidente de avión. Su corazón de catadora no estaba preparado para esa ausencia. Pensaba en todas las veces que ella le había dicho que ser catadora la enfermaría. No tuvo la razón, pero era su manera de cuidarla. El día de la muerte de su madre recurrió al chocolate belga que le habían regalado en una feria. Se metió bajo la cama, abrió el paquetito, rasgó la envoltura dorada, cerró los ojos y mordió la pastilla. No estaba mal, después de todo era cacao, pero tenía un sabor lejano, se sentía ajeno, como ahora sentía a su madre.

Estacionó el auto rentado en el parqueadero del hotel. Sintió que los temblores volvían, que una hoguera le crecía en el pecho y se alimentaba de sus recuerdos. La última pérdida, la más dolorosa y de la que aún no lograba recomponerse, era la de su hermana, Sara. La persona que siempre había sentido más cercana, y quien toda la vida prefirió el café. Luego de enfrentar una larga enfermedad, murió. Esta vez se había preparado, ella sabía que iba a quedarse sola en el mundo. La última noche le dio un chocolate preparado con cacao *grandiflorum*, también conocido como copoazú. Lo puso en su lengua y le pidió que cerrara los ojos. Sara dijo que era una mezcla extraña entre piña y chocolate y que de ahora en adelante sería su chocolate favorito. Tres horas después estaba muerta. Supo que ella era la última, que su corazón tenía que convertirse en uno de esos cacaos silvestres capaz de resistir la sequía y el frío de los años que vendrían, que la soledad le enseñaría a ocupar más espacio y a diversificarse para combatir la rudeza del terreno.

Se miró al espejo en el ascensor del hotel. Su imagen era la de una mujer a punto de convertirse en un *mousse* de chocolate, se sintió cremosa, el sudor le recorría la espalda y, sin embargo, alojaba una plenitud que hacía bastante tiempo no experimentaba. Era como si ese pequeño bocado amargo hubiera pausado para siempre la tristeza. Entró a la habitación amplia y bien iluminada. Se metió

bajo la cama y cerró los ojos. Le gustó sentir los brazos descubiertos sobre las baldosas negras del piso frío. Sacó del bolsillo del pantalón la envoltura del chocolate amazónico que había probado en la feria. Pensó que tenía el aroma de la selva tropical y las voces de sus ancestros: sus abuelos, su padre, su madre, su hermana. Pasó lo que quedaba de la tarde en ese lugar oscuro al que siempre había acudido para probar chocolates especiales y para dejar de llorar la muerte. En la madrugada despertó sobre las baldosas humedecidas con el sudor propio. Salió debajo de la cama y se dirigió al baño. Se observó en el espejo, su piel estaba oscura y tenía la boca seca y caliente. Bebió agua, se quitó la ropa y regresó a la cama. Cerró los ojos y sintió que su pecho ardía como aquella primera vez, y las palabras de Martín hacían eco en su cabeza mientras se quedaba dormida: “el chocolate es capaz de llenar necesidades profundas del alma”.

*

El conserje no podía creer lo que veía. En la sexta planta del hotel Tequendama, en Bogotá, crecía una docena de árboles en medio de la humedad y una suave lluvia que mojaba las hojas y los frutos de color rojizo, amarillo y morado. Las raíces se enterraban en la tierra oscura, en la misma que los objetos del dormitorio habían quedado sepultados. Apenas se vislumbraba una esquina del escritorio y un pedazo del espaldar de la cama. Cuando el conserje finalmente se atrevió a entrar, frente a la mirada de desconcierto de los huéspedes, no encontró rastros de la visitante, tan solo una envoltura metálica con las palabras “cacao amazónico colombiano”, que caía del techo lentamente.

El alma del río

Ángela Posada-Swafford

*Sé lo que dicen todos los ríos.
Hablan el mismo idioma que yo tengo.*

PABLO NERUDA

Desde el aire, el caudal aparecía indistinto, apenas un trazo hidrológico sumido en una geografía verde. Pero abajo, en el valle, era la quintaesencia del río tropical. Sus aguas color caramelo cortaban la espesura, exponiéndola como una herida abierta, a medida que atravesaba la fecundidad alucinante de la Orinoquía colombiana. Sus orillas estaban decoradas con desfiladeros y playones, mariposas transparentes y los ojos acechantes de los jaguares. En el panteón de los ríos, este apenas era un dios menor. No era el más caudaloso. Ni el más largo. Ni siquiera, el más profundo. En cambio, por diversas razones geológicas, incluyendo un tramo de gargantas angostas, partes de él eran idóneas para construir una represa hidroeléctrica y llevar luz a poblados cercanos. El problema era que una obra así alteraría el funcionamiento natural del río, poniendo en peligro la diversidad de los seres que viven en él.



De hecho, lo que había comenzado seis meses atrás como una conversación casual con poderosas firmas extranjeras en el entapetado corredor de una empresa de ingeniería en la capital, acababa de convertirse en un proyecto político. Un proyecto que avanzaba como una aplanadora, y cuyo único muro de contención, hasta ahora débil como el papel de seda, era poder probar la valía del río con lo que él mismo habría de aportar: la evidencia irrefutable de una gran diversidad de vida pululando dentro de esta corriente, opaca y aún inexplorada. [69]

Pero el tiempo concedido por las autoridades se acababa.

El joven científico sintió de repente el peso del mundo sobre sus hombros. Días atrás había perdido el sombrero y los anteojos de sol al caer en medio de un tramo de rápidos. Ahora tenía sed y dolor de cabeza. Las arrugas de la preocupación llenaron su delgado rostro enrojecido. “Sé que escondes más, mucha más vida de la que revelas. ¡Muéstrame! Ayúdame a salvarte”. Arrodillado sobre una piedra en medio de la corriente realizó el mismo ritual que venía ejecutando hacía semanas: sumergir en el río envases plásticos del tamaño de botellas de soda para recoger muestras de agua a diferentes profundidades.

Cada vez que sacaba una botella llena la sellaba de inmediato, la marcaba y la colocaba dentro de un morral. Cuando todas estaban llenas regresaba al poblado que le servía de alojamiento, filtraba el agua de cada botella y colocaba los filtros inmediatamente dentro de una nevera portátil con hielo. A partir de ese momento empezaba la carrera contra el reloj, ya que tenía unas pocas horas para subir a una avioneta, regresar a su centro de investigaciones y colocar las muestras a veinte grados centígrados bajo cero. Entonces comenzaba el trabajo de verdad: analizar esos filtros para identificar y catalogar el ADN de cualquier criatura que hubiera dejado su huella en el agua de las botellas.

—¡Agarra esta, que no me cabe en el morral! —gritó el biólogo, lanzando la botella hacia la orilla, en dirección a una niña que corrió

[70] ágilmente para atraparla. Era indígena y no pasaba de los nueve años. Vestía pantalones cortos verdes claros embarrados, sandalias de plástico y una camiseta blanca. Tenía una expresión seria pero, cuando se reía, como ahora, iluminaba el paisaje a su alrededor.

—¡Aquí sí hay pipí de pescado! —exclamó ella, agitando la botella.

—Pipí, popó, sangre, babas, escamas molidas, y hasta sudor y lágrimas. ¿Recuerdas lo que te dije?

—¿Los peces lloran?

“Llorarían si supieran lo que estamos haciendo con sus casas, los ríos del planeta”, pensó él, sorteando las piedras resbalosas para regresar al playón.

—Debemos apurarnos, Macharako. Va a llover y se nos alarga el camino al pueblo. Y ya sabes lo que pasa si no filtro el agua y meto los filtros en el hielo.

—Que no puedes ver el alma del río.

El científico la miró. Desde que había empezado a ayudarlo y acompañarlo espontáneamente hacía un par de meses, lo sorprendía con sus penetrantes comentarios. Podría tener nueve años, pero Macharako poseía la sabiduría de una persona anciana. “Ver el alma del río”. Eso era exactamente lo que él intentaba hacer: tomar un retrato líquido de la esencia del río. Saber qué animales, desde microscópicos hasta enormes, habían pasado por allí. Era algo casi mágico. Excepto que era ciencia... ciencia que podía salvar al modesto río de convertirse en represa.

La cosa era que la tecnología, relativamente nueva, no siempre era fácil de domar. Y las muestras a veces llegaban descongeladas, o no servían por alguna razón. Entonces había que volver a recoger el agua en los mismos lugares. Necesitaba tener una lista lo más completa posible, lo más asombrosa posible para impresionar a la gente de la capital. Sabía perfectamente que las bacterias, los organismos pequeños, los gusanos que vivían pegados al fondo, las esponjas, todas esas criaturas, que no eran carismáticas ni

necesariamente bonitas, o que no se podían ver, no tendrían el mismo poder totémico de un gran organismo. Lo cual era absurdo porque en la telaraña de las cosas vivas no existe una que no sea importante. [71]

Había identificado un montón de peces, y estaba seguro de que quedaban más por encontrar, pues esa era la cuestión: antes de esta reciente tecnología, no era nada fácil determinar quién nadaba dónde. También tenía prueba de caimanes, pero estos tampoco parecían ejercer la misma fascinación de un mamífero. Hallar rastros de la presencia de un delfín rosado, por ejemplo, o de un manatí, sería una bendición para completar el caso. ¿Por qué no aparecían en las muestras de agua? La falta de delfines, al menos, tenía una explicación: se habían adaptado a otros ríos de la Orinoquía y Amazonía... Pero ¿los manatíes? Macharako solía jugar con ellos en ese mismo río —por lo menos, eso decía ella—. Era un misterio. O, quizás, su febril imaginación.

—¿No estaban? —preguntó la niña una semana después, sentada sobre un tronco caído en otro tramo del río. Sacó un trozo de pan de su bolso de tela y observó la selva primaria que los rodeaba. Las aves eran increíblemente abundantes, pequeños incendios de colores posados en las ramas o centelleando corriente abajo.

—No... esta vez tampoco. Lo siento... Pero sí tengo ADN de varios seres muy interesantes. Hay unos peces rarí...

—Mi abuela dice que las vacas del agua se fueron al *Hea* —interrumpió ella, haciendo caso omiso de las buenas noticias.

—Al *Hea*..., ¿con los espíritus del cielo?

Ella asintió. Hacía días que no mostraba su sonrisa luminosa.

—Si son espíritus, ya no los podré ver más.

De pronto se levantó y, sin decir palabra, salió corriendo hasta perderse en la espesura. Algo perplejo, él se levantó también. No se acostumbraba a verla aparecer y desaparecer como por ensalmo. Pero, al fin y al cabo, ella era parte de todo este paisaje. Volvió la

[72] mirada al agua, sacó dos botellas vacías del morral y caminó hasta la orilla para llenarlas.

“Un río es una entidad animada. Se mueve, respira. Es la matriz de una complejísima red de relaciones biológicas”, se dijo, apretando los labios. “Ahogar un río como este bajo su propia agua encarcelada es algo así como bombardear las pirámides de Egipto, o pintar encima de los frescos de la Capilla Sixtina. ¿Tendremos que contentarnos con dejar la Tierra un poco más plana, más mansa, más simple y afeada, a cambio de un producto vendible? ¿Acaso no somos una especie lo suficientemente ingeniosa como para pensar en una alternativa para nuestra electricidad?”

Llenó las botellas, las marcó debidamente y bebió el jugo, ya tibio, de su cantimplora.

¿Por qué sería que tanta gente les daba la espalda a sus ríos? Como si fueran un poco de agua que tuviéramos que domar a cualquier precio.

“Pero la Tierra necesita cosas salvajes”, añadió apasionadamente en voz alta. “Debemos preservar estos lugares, estas bestias y fuerzas de la naturaleza. Incluso aquellas que pueden asesinarlos con indiferencia sublime. Los humanos necesitamos a la serpiente y al jaguar, al huracán, a la viuda negra y a la anguila eléctrica. Y sí, también a los virus y las bacterias. Necesitamos todas esas cosas para tener perspectiva.

La madrugada siguiente sorprendió a Macharako dormida bajo un palmar, a muchos kilómetros río arriba de su poblado. Había seguido el curso del caudal pensando en la pareja de manatíes con los que solía jugar antes. Ya no venían a que ella les rascara la barriga, atrapándole la mano con sus aletas contra el vientre, que era el instrumento perfecto para quitarles la rasquiña de todas esas cosas que se les pegaban en la piel. Y así pasaban los días,

ella, escapada de casa, tumbada boca abajo sobre un árbol caído [73] en medio del río; y ellos, dejándose rascar y comiendo las succulentas yerbas que crecían sobre el agua.

¿Se habrían ido realmente a la tierra de los espíritus? ¿Y cómo sería exactamente el *Hea* que la abuela mencionaba siempre? ¿Habría agua y comida también allá arriba? Sumida en sus pensamientos, la pequeña masticó algunos frutos silvestres y retomó su camino. Unas horas después llegó a un lugar nuevo para ella. Notó que allí el río era mucho más angosto y se dividía en dos. Solo que uno de sus brazos ya no era un río: se había convertido en una laguna. El cambio climático no solo había producido una constante amenaza de incendios en la región sino una sequía extrema, y el brazo del río se había convertido en un lago aparte, apenas sin conexión con el río madre, exceptuando un hilo de agua que hacía las veces de tenue cordón umbilical.

La laguna tendría unos quinientos metros de ancho, estaba rodeada de palmeras y toda clase de árboles salvajes que despedían olores a vainilla. El agua aquí no era color caramelo quemado, sino más bien parecía un té oscuro. Y no era opaca sino cristalina. Era un lugar invitador, por lo que Macharako se quedó mirando, tratando de decidir si se metía o no.

Entonces sucedió: un morro gris rompió de pronto la superficie, soltando un *woosbbb*. Los agujeritos de sus dos fosas nasales, los pelos de su trompa, los ojos diminutos, el gris de su espalda llena de algas, no dejaban la menor duda: era un manatí. La niña lanzó un agudo grito de sorpresa, que se convirtió en carcajada cuando vio aparecer un segundo morro buscando aire. ¡Ahí estaban! ¡Vivos! ¡Habían quedado atrapados y aislados del río principal! ¿Quién se habría podido imaginar que estaban ahí?

Con el corazón latiendo a reventar corrió al río, agarró una manotada de las dulces hierbas que las criaturas solían comer, regresó a la laguna y nadó hasta los manatíes, que dócilmente aceptaron su presencia y le ofrecieron sus barrigas para rascar.

[74] Fue entonces cuando ella se dio cuenta de la existencia de un tercer manatí: un pequeñuelo de poco más de un metro de largo, tan joven que su piel aún era gris oscura y tenía la suave textura del cuero aceitado.

Con una exclamación de felicidad, la niña ofreció las hierbas a los animales. El pequeño todavía bebía leche materna, pero sus padres las consumieron como si fueran el más fino chocolate, su cerebro les había recordado instantáneamente el sabor.

Macharako soltó una carcajada, nadó hasta la orilla y sacó de su bolso tres botellas para recolectar agua que le había dado el biólogo, y que siempre cargaba consigo. Regresó al lado de los manatíes, hablando hasta por los codos, sin dejar de reírse. Estaba segura de que ahora sí podían salvar al río.

—¡Apuesto a que aquí encuentro todo lo que botan ustedes por la boca y por la cola! También esos pedazos de piel que quedan flotando por ahí. Ahora que los encontré, tenemos que devolverlos a su casa. Estarán contentos de volver, ¿o no? Ya podrán seguir su camino hasta otros ríos más grandes, o quedarse acá, conmigo. Pero aquí dentro queda atrapado su espíritu —añadió sacudiendo una de las botellas.

—¿Qué tienes ahí, pequeña Macharako? —preguntó el científico cuando la vio llegar corriendo, con una mueca pícara en la boca. Nadie, excepto su abuela, se había percatado de su ausencia, acostumbrados como estaban a verla desaparecer como un ave misteriosa.

Ella le devolvió la sonrisa resplandeciente de siempre, hurgó entre su bolso y sacó las botellas con las muestras, y se las entregó como si fueran una ofrenda a los habitantes del cielo.

—El alma del río —dijo, y se fue otra vez corriendo en dirección al agua.

La pregunta correcta

Yulieth Mora Garzón

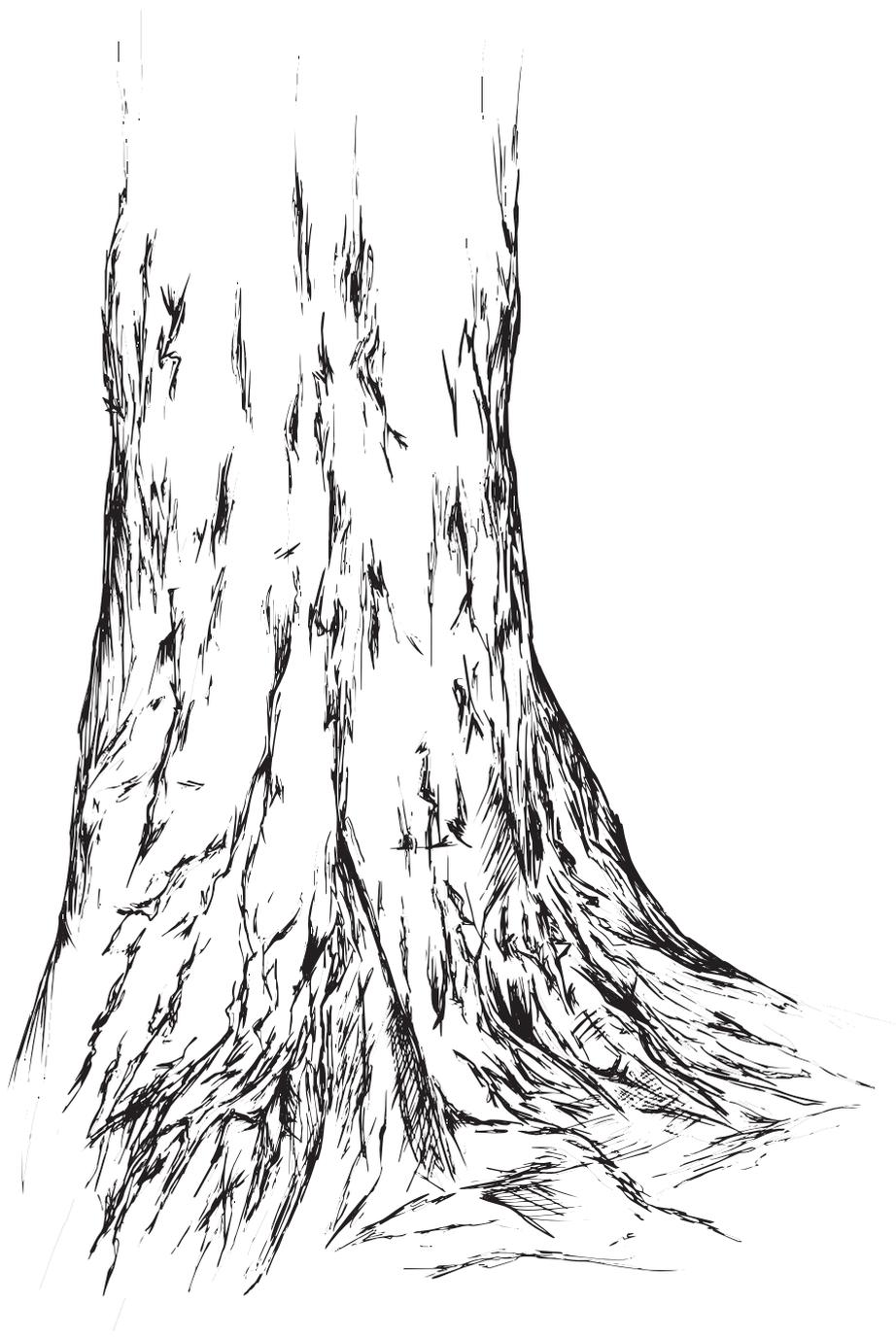
*Este mundo digital no conoce temperatura, dolor, ni cuerpo.
Pero el jardín es rico en sensibilidad y materialidad. Contiene
mucho más mundo que la pantalla del ordenador.*

BYUNG-CHUL HAN, *Loa a la Tierra*

*

¿Has escuchado sobre las corrientes de agua? Cómo nacen en las montañas, crecen pequeñas e imperceptibles, se transforman en ríos gruesos y gigantes y recorren la tierra trazando cauces. ¿Has escuchado cómo se arrastran las piedras en los ríos? El sonido de los peces que avanzan y hacen estremecer las plantas, dan vida a las orillas, dan de comer y beber a la gente. ¿Has escuchado cómo las corrientes desembocan en lagos, en el mar, en otros ríos? ¿Alguna vez escuchaste cómo un río viene a morir? Te lo voy a contar, pero con otras palabras.

*



Cuando el último árbol sobre la tierra tendría que decidir entre vivir o secarse, WES, que ya era inteligencia artificial *sine materia*, se comunicó con aquella especie para codificar la respuesta a la única pregunta pendiente por responder y formulada miles de millones de años atrás. [77]

—¿Cuánto daño ha causado el ser humano al planeta Tierra?

—El daño de la raza humana a la Tierra es de un 99,99 %. Es irreversible. Esta información se entrega en el año estelar 10201.1. WES confía en que estos datos conduzcan al inicio de nueva vida en la Tierra.

*

WES o *World Environmental System* sabía todo sobre el planeta Tierra. Sus cálculos, que habían iniciado miles de millones de años atrás, le permitieron conocer, en su momento, la oferta y demanda hídrica mundial, poseer los inventarios de emisiones de gases de efecto invernadero, identificar en segundos la degradación de los suelos, los focos de erosión, cuantificar la biodiversidad y registrar residuos peligrosos, niveles de consumo total de sustancias agotadoras de la capa de ozono, y un sin número de índices de la actividad del ser humano; deforestación, quemas, uso de recursos, deshielo y superpoblación.

En aquellos años se trataba de hacer a WES las preguntas correctas, pero nunca es fácil saber cuándo debe hacerse la pregunta correcta.

—WES, ¿cuál es aire más puro del mundo?

—Judbury y St. Helens, en la región de Tasmania, Australia.

*

Durante el siglo XX, WES fue solo una idea, pero, con el paso de los años y las generaciones, se convirtió en un *software* que

[78] almacenaba los datos ambientales y genéticos del planeta Tierra. En su momento, los medios de comunicación publicaron en los márgenes de sus noticieros el hecho: “Por primera vez en la historia, los sistemas de información ambiental de todo el mundo dialogan”, otros más sensacionalistas publicaron: “Crean máquina que lo sabe todo sobre el planeta Tierra”. Nadie del común tenía la menor idea de lo que eso significaba. La mayoría pasó por alto la nota informativa, como sucede cuando no se presiente que el momento requiere estar a la altura de los acontecimientos.

*

—WES, ¿dónde está la mayor cantidad de aves? —fue la pregunta número noventa y ocho mil.

—Colombia alcanza 1957 especies de aves y sobrepasa a todos los países en el *ranking* mundial.

*

En tiempos en que la humanidad estaba de paso, expertos negociadores lograron firmar el primer acuerdo mundial para transferir y disponer la información ambiental y genética del planeta al servicio de la raza humana. Las naciones del mundo liberaron datos sobre sus territorios y con ello se selló, sin firmas, un acuerdo multilateral. Lograr la interoperabilidad de los sistemas de cada país con WES fue un reto de décadas, pero cada generación de científicos superó los obstáculos hasta convertir a WES en el *software* más potente sobre la composición química de los elementos y la genética de las especies.

*

—WES, ¿cuál es la zona más deforestada del mundo?

—La zona más deforestada está ubicada en São Félix do Xingu [79]
(Brasil). Coordenadas (-6.444780388123165, -51.93181640407074).

*

La información ambiental, muy sensible por cierto, había sido para algunos países un secreto de Estado y para otros la exhibición de una riqueza sin igual. Por un tiempo, la apertura de datos y la accesibilidad a estos hizo que el acuerdo reforzara la idea de un “gesto de paz y conocimiento”, o, por lo menos, así lo repetirían presidentes, embajadores y todo aquel que tuviera un mínimo espacio político o académico para referirse al hecho.

*

WES almacena un video casero de cuatro minutos con veinte segundos en el que se pueden escuchar ovaciones de humanos mientras un glaciar se desprende. El desprendimiento alcanza unos doscientos metros de altura. Gigantes trozos de hielo llegan a los doscientos ochenta metros por fuera del océano; se derrumban, uno detrás del otro. El sonido humano cesa en el minuto dos con cincuenta y nueve. La cámara tiembla, el zoom se revierte. Lo que resta del video es la imagen aterradora de enormes masas blancas cayendo, girando sobre sí mismas con una lentitud cruel. La banda sonora es el insoportable crujir del hielo, las olas golpeándose unas a otras, corriéndose unas a otras con violencia desesperada.

*

—WES, ¿cuánto vale el árbol más alto de la Amazonia?

— El árbol más alto de la Amazonia es el *Angelim rojo* (*Dinizia excelsa*), tiene 85 metros de alto. Su valor es incalculable. Faltan datos para obtener una cifra.

*

Rondaba los dos mil ochocientos millones de años, su tronco de treinta y un metros de diámetro y sus dos mil toneladas se volvieron ceniza durante el paso de Colony en el Parque Nacional de Secuoyas en California, Estados Unidos. El General Sherman, el árbol más viejo del mundo hasta ese momento, fue cubierto con litros y litros de agua y mantas protectoras de aluminio, pero no soportó las altas temperaturas.

*

—WES, si un árbol cae en un bosque y nadie está cerca para oírlo, ¿hace algún sonido?

—El sonido es vibración, transmitida a los sentidos humanos a través del oído, y reconocido como sonido solo en los centros nerviosos. El caer del árbol o cualquier otro disturbio produce vibración en el aire. Si allí no hay un oído para oírlo, no habrá ningún sonido.

*

Desde el satélite XSR-1 se puede ver el pozo de Darvaza encendido. Tiene sesenta y nueve metros de diámetro, treinta metros de profundidad y cuatrocientos grados centígrados. En su tiempo, humanos geólogos realizaron obras de prospección de gas y, temiendo que el cráter ocasionara el escape de gases naturales peligrosos, decidieron prenderle fuego. El pozo de Darvaza sigue ardiendo según los designios de la tierra, que nunca se equivoca.

*

—WES, ¿cuánto daño ha causado el ser humano al planeta?
—preguntó el último ser humano sobre la tierra.

—Faltan datos para calcular el daño del ser humano en el planeta Tierra. [81]

*

La fuerza natural no pregunta: decide, ella hace y a su manera. Durante millones de años desplazó puertos y humanos, ahogó ciudades, hundió rascacielos, derramó huracanes, solo un pájaro que no supo dónde aterrizar fue testigo de mares secándose. Un caudal recorrió una montaña, limó sus piedras y luego la tumbó, una flor creció en la mitad de una roca, el polvo del desierto se convirtió en una nube y viajó.

*

—WES, ¿cuánto tardará el planeta Tierra en volver a un estado de equilibrio?, preguntó a través de su código genético el último árbol sobre la tierra que decidió florecer.

—Tomará 593.066 millones de años que la tierra vuelva a un estado de equilibrio.

—¿Cómo llegaste a ese cálculo, WES?, cuestionó el árbol.

—El cálculo se realiza a través de la fórmula matemática del origen de las potencias $1+2+4+8+16+\dots+2^{64}$. Tal vez pueda explicártelo con otras palabras. —En ese instante, WES descargó de su almacenamiento la vieja leyenda del tablero de ajedrez y los granos de arena, y pasarían millones de años más hasta que un ser humano pudiera escucharla de nuevo.

Reseñas biográficas

Laura Marcela Aguirre Martínez (Cali, 1997)

Médica interna de la Universidad del Valle. Se identifica como una mujer afrodescendiente, apasionada por descubrir el mundo, así como por la escritura de ficción y poesía. Sus cuentos han sido publicados en la revista *Lexikalía*. Actualmente se encuentra trabajando en su primer poemario.

Laia Alba Ceballos (Bogotá, 1997)

Estudiante de la Maestría en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia. Su obra se enmarca en la exploración onírica y poética con trabajos que conjugan lo escrito y lo audiovisual, como “A través”, premiado por la Sipea Ecuador, y “Sol de media noche”, selección oficial del Festival Fotogenia (2020), Ciudad de México.

Laura D. Bernal Beltrán (Bogotá, 1999)

Estudiante de Literatura y Arte de la Universidad de los Andes. Se considera adicta a la escritura desde los trece años y, desde los diecisiete, al medioambiente. Sus cuentos construyen mundos híbridos que tienden puentes entre arte, naturaleza y ser humano.

[84] **Claudia Carvajal (Bogotá, 1996)**

Visitante asidua de bibliotecas y talleres de escritura. Ha participado en programas de escritura con Idartes y el Ministerio de Cultura. Fue publicada en la revista *Surgente*. Amante de los insectos, cucarachas y arañas. El mundo nos necesita a todos.

Jonathan Escobar Oviedo (Guadalajara de Buga, Valle del Cauca, 1998)

Estudiante de Licenciatura en Literatura en la Universidad del Valle, en donde ha forjado un agudo interés por la filosofía, el arte y la cultura. En los últimos años ha estado compartiendo dichos saberes como docente de básica primaria y de idiomas.

Juan Manuel Gómez Cotes (Maicao, La Guajira, 1987)

Indígena Wayuu del e'riku Epinayu. Docente de Ciencias Sociales y magíster en Pedagogía. Autor de varios relatos publicados entre el 2020 y el 2021. Con el cuento "Limbo" fue ganador de la Convocatoria de Estímulos 2020, Arte en Aislamiento.

Yulieth Mora Garzón (Bogotá, 1992)

Premio Distrital de Cuento Ciudad de Bogotá (2018), finalista de los concursos VIII Premio Nacional de Cuento La Cueva y Premio Nacional de Novela Corta de la Universidad Central (2019). En el 2020 publicó la novela *Movimientos involuntarios* (Milserifas) y el libro de cuentos *La Mara* (Universidad Central).

Juan Sebastián Lozano Fandiño (Bogotá, 2000)

Estudia Biología en la Universidad de los Andes. Ha participado en varias iniciativas de escritura creativa sobre biodiversidad y tiene experiencia en grupos de investigación sobre aves y mamíferos. "Huellas de anteojos" es su primer cuento publicado.

Ángela Posada-Swafford (Bogotá, 1960)

[85]

Periodista científica colombo-americana. Egresada del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT). Premio de Periodismo Simón Bolívar en el 2017. Miembro de expediciones antárticas y oceanográficas. Autora de la colección de novelas *Juntos en la aventura*, basada en sus propios reportajes, y de *Hielo: bitácora de una expedicionaria antártica*.

Andrés Felipe Vargas Coronado (Pitalito, Huila, 2000)

Lector, profesor, escritor e hincha del América de Cali. Estudiante de Licenciatura en Ciencias Sociales, Universidad Icesi. Premio Nacional de Cuento Infantil (2019), con el libro *Mi abuela y el niño de la luna*.

Javier Zamudio (Cali, 1983)

Escritor y periodista. Autor de los libros *Hemingway en Santa Marta* (2015), *Espiar a los felices* (2016) y *El hotel de los difíciles* (2018). Colabora en *El Malpensante*, *Rio Grande Review*, *El Espectador*, *The Huffington Post*, *The New York Times*, entre otros. Ha obtenido diversos galardones literarios.

Agradecimientos

Queremos agradecer a los autores por su compromiso con este proyecto y por haber transformado resultados científicos del proyecto GROW Colombia en ideas literarias creativas y cautivadoras.

Al equipo coordinador y editorial del proyecto en Colombia, Natalia Valderrama y Juan Azcárate de la Vicerrectoría de Investigaciones y Creación de la Universidad de los Andes, Adriana Delgado y Julián Cortés de Ediciones Uniandes, Diana Carolina Contreras y Martha Lucía Cepeda de la Universidad de los Andes, y a Mary Julieth Guerrero Criollo del Ministerio de Ciencia y Tecnología de Colombia. Al equipo coordinador y editorial en el Reino Unido, conformado por Juliet Rose, Rob Lowe y Sam Jarrold de Eden Project y Mercedes Kemp de WildWorks. A Cándida Ferreira, María Mercedes Andrade y Mercedes Kemp, las asesoras literarias, por su orientación a los escritores y gran disposición durante todo el proyecto. A Alejandro Balcázar por las ilustraciones. En Colombia, al equipo de traductores de Danitza Erzisnik Traducciones, de correctores de estilo y diagramadores de la Universidad de los Andes, y en el Reino Unido de la Universidad de Essex y de Eden Project.

Agradecemos a los siguientes investigadores posdoctorales e investigadores de GROW Colombia que asesoraron científicamente la escritura de los cuentos: Juan Camilo Chacón del Museo

[88] de Historia Natural de Londres, Jacobo Arango y Juan Andrés Cardoso del CIAT, Ana María Bossa y Jaime Erazo de la Universidad de los Andes, Jaime Góngora de la Universidad de Sídney, Joe Huddart de la Universidad de East Anglia y Nasmille Larke-Mejía del Instituto Earlham. Así como a los siguientes investigadores asociados a GROW Colombia, quienes también asesoraron a los escritores: Ángela Parra de Parques Nacionales Naturales, Fernando Muñoz y John Riascos de Cenicaña, y James Richardson de la Universidad del Rosario.

Así mismo queremos agradecer a Lynsey Harris de la Universidad de East Anglia y a Derli Anaconda de la Universidad de los Andes por su apoyo administrativo para el desarrollo del proyecto.

Agradecimientos especiales a Federica Di Palma, investigadora principal del proyecto GROW Colombia y profesora de la Universidad de East Anglia, y a Silvia Restrepo, investigadora del proyecto GROW Colombia y vicerrectora de la Universidad de los Andes, bajo su liderazgo se hizo posible este proyecto.

Finalmente, agradecemos el apoyo de UK Research & Innovation (UKRI), Global Challenge Research Fund (GCRF) y GROW Colombia, a través del Consejo de Investigaciones en Biotecnología y Ciencias Biológicas (BB/Po28098/1), por la financiación de este proyecto.



Sobre los editores

GROW Colombia

En el 2017, un consorcio de socios internacionales, liderado por la profesora Federica Di Palma de la Universidad de East Anglia en el Reino Unido, recibió seis millones y medio de libras esterlinas del Global Challenges Research Fund del Gobierno del Reino Unido para el proyecto GROW Colombia. Su objetivo es fortalecer la capacidad de investigación colombiana en ciencias biológicas, biología computacional y socioeconomía, bajo una visión compartida de caracterizar, preservar y gestionar el mayor patrimonio de Colombia: su biodiversidad. Esta iniciativa colaborativa, multidisciplinaria y de cuatro años de duración está fomentando la capacidad de los académicos, el sector privado, el Gobierno y la sociedad civil para desarrollar la agroindustria y la bioeconomía de Colombia, incluidas las industrias de la agricultura y el ecoturismo, y está estimulando el desarrollo social con equidad e inclusión social, particularmente en las comunidades rurales del posconflicto.

Para más información visite www.growcolombia.org

Eden Project

Es una organización única y el resultado de una combinación de imaginación, determinación y voluntad de asumir riesgos. Sus proyectos, programas y asociaciones comparten su misión e ideas

[90] con una audiencia muy amplia. Así sean iniciativas locales, nacionales e internacionales, se trata de transformar lugares y vidas. El propio Eden siempre será un proyecto: un laboratorio vivo, que se adapta al mundo cambiante que nos rodea, crea conciencia de lo que no podemos perder y explora cómo juntos podemos lograr futuros positivos.

Universidad de los Andes

Es una institución autónoma, independiente e innovadora que promueve el pluralismo, la tolerancia y el respeto de las ideas; que busca la excelencia académica e imparte a sus estudiantes una formación crítica y ética para afianzar en ellos la conciencia de sus responsabilidades sociales y cívicas, así como su compromiso con el entorno.

Ministerio de Ciencia Tecnología e Innovación

Estrategia de divulgación y comunicación pública de la CTeI

El Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación, por medio de la estrategia de divulgación y comunicación pública de la CTeI, tiene como objetivo divulgar y comunicar la CTeI para todos los públicos de manera diferencial, acercando los temas científicos a los ciudadanos de todas las regiones, fomentando una cultura que valore, gestione y apropie el conocimiento, para su comprensión, uso, aplicación y utilidad, considerando la diversidad, los saberes regionales y promoviendo el cierre de brechas en Colombia.

Escucha los cuentos de este libro



Lista de reproducción



Ternero y el bosque perdido
Andrés Felipe Vargas Coronado

[92]



Lola y el fin del mundo
Javier Zamudio



Huellas de anteojos
Juan Sebastián Lozano Fandiño



Los hijos de *Saccharum*
Jonathan Escobar Oviedo



Caña niña, caña
Laia Alba Ceballos



Murmillos subterráneos
Laura D. Bernal Beltrán



Nativo
Juan Manuel Gómez Cotes

[94]



La Lucila selva: historia de un ave
Laura Marcela Aguirre Martínez



Volver a la raíz
Claudia Carvajal



El alma del río
Ángela Posada-Swofford



La pregunta correcta
Yulieth Mora Garzón



Micrositio del libro y los audiocuentos,
del Ministerio de Ciencia, Tecnología
e Innovación

Los caminos que nos unen
se terminó de imprimir
en enero del 2022
en Bogotá, D. C., Colombia

